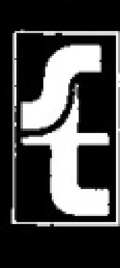


Selección TERROR

Ralph Barby

OFELIA



SELECCION TERROR

RALPH BARBY

OFELIA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 572
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN: 978-84-02-02506-7
Depósito legal: B. 12.611-1984
Impreso en España Printed in Spain

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1984

CAPITULO PRIMERO

Inmersa en una horrible pesadilla, Ofelia se sentía perseguida, acosada dentro de un mundo de formas paradójicamente informes. Miles de impactos de colores se esponjaban, se agrandaban y luego empequeñecían como seres de un monstruoso mundo microscópico.

Estiró su brazo como queriendo agarrarse a alguna parte antes de deslizarse hacia un precipicio sin fondo. Tocó algo duro, duro y un tanto frío. Tanteó con los dedos un pulsador que oprimió nerviosa y torpemente.

Se encendió una luz pequeña pero suficiente para arrancarla de la horrible pesadilla que difícilmente podía explicar pese a que acababa de sufrirla y aún estaba reciente en su mente, quizá en todo su cuerpo, puesto que todo él estaba agitado y un leve sudor frío cubría la sedosa piel, cubierta de un vello rubio invisible pero sí identificable al pasar sobre él las yemas de los dedos con suavidad. Tenía frío.

Se levantó abrigándose con una bata color azul pastel brillante que armonizaba con su cabello rubio, abundante y lacio.

—¿Habrá sido una digestión pesada? ¿Qué he comido? Un bocadillo de hamburguesas a la mexicana con chile y pasta italiana... Pero ¿dónde he tomado una mezcla semejante?

Quiso recordar con precisión y le resultó difícil.

Estaba muy cansada. Con el cepillito todavía entre los dientes, extendió su mano libre y vio que los dedos le temblaban.

Aquello la inquietó. Estaba segura de no haber bebido más que leche en aquella rara cena, pero ¿tenía la culpa la cena o es que comenzaba a desvariar?

—Esta ciudad, esta monstruosa ciudad, oprime y aplasta...

Se dejó caer en el sofá y tomó un cigarrillo del paquete que había en la mesita de centro. Tras encenderlo con un mechero de mesa, se sintió atraída por las grandes ventanas de grueso cristal, cubiertas por cortinas blancas.

Descorrió la cortina que daba a la fachada oeste. Escuchó con claridad la sirena de un barco que subía por el Hudson.

Ofelia se sintió sola, aplastantemente sola, en aquel apartamento del piso treinta y dos, un apartamento que semejaba una celda muy bonita y decorada, pero celda al fin y al cabo.

Tenía ventanas que no podían abrirse y todo el aire que precisaba para respirar le llegaba por los canales de aireación. Los cristales irrompibles, con más de un tercio de pulgada de grosor, eran el muro que la separaban del mundo que estaba fuera, más abajo.

Aunque se lanzara contra ellos de cabeza, sólo conseguiría hacerse hematomas; no iba a romperlos y, en consecuencia, mucho menos podría lanzarse al vacío.

¿Cómo había ido a parar con su bonito cuerpo a aquel apartamento, un verdadero nidal de águila en uno de aquellos monstruos de hormigón, acero y cristal, cuando siempre había vivido en una casa rodeada de jardín y de la que no resultaba difícil salir por las ventanas?

Aquel apartamento tenía un precio diez dólares superior al contiguo. Ofelia, que no nadaba en la abundancia, se hubiera conformado con el de al lado, pero éste ya estaba ocupado y los que quedaban libres estaban por debajo del piso diez. Ya que había resuelto encerrarse en una de aquellas celdas de cristal, prefirió hacerlo en un punto alto donde su mirada pudiera extenderse y no quedara limitada por otros muros de hormigón y cristal contra los que chocaría inevitablemente.

La tarde había sido pesada, densa por la niebla y los humos polucionantes.

Aquella niebla que a tantos neoyorquinos hacía toser, se había levantado por encima del rascacielos en que residía Ofelia. Arriba no se veían las estrellas.

Ofelia fumaba nerviosa. Su mano temblaba ligeramente y atribuyó aquella circunstancia a la pesadilla de la que hacía poco había salido.

Pensó en tomar un calmante y un baño de agua templada con sales aromáticas. Luego, podría retornar a un sueño tranquilo.

Pasó de un ventanal a otro; no tenía por qué sentir miedo allí, dentro de su celda de cristal suspendida en el espacio, en el piso treinta y dos del Riverdale Building ubicado en el Bronx, frente al oscuro Hudson.

De pronto, se sintió atraída por una edificación que no estaba muy lejos de donde se encontraba, pero sí mucho más abajo, puesto que aquel edificio no se elevaba del suelo en más de cinco pisos.

Ofelia podía ver su tejado como algo oscuro, dentro de la oscuridad de la noche, una oscuridad charolada por la lluvia del atardecer.

Ofelia sabía que aquello era un hospital, el Old Hospital le llamaban o, por lo menos, eso le habían explicado al preguntar por las continuas ambulancias que había visto en sus entradas y salidas del apartamento, porque desde su celda de cristal no sólo le era prácticamente imposible ver las ambulancias, sino que tampoco podía oírlas.

El apartamento estaba insonorizado por la técnica humana, a la que había que añadir la gran altura en que estaba ubicado.

Tuvo la impresión de que desde una de las ventanas del último piso del Old Hospital, que ella no podía ver pero sí sentir, alguien la observaba, lo que aún parecía más absurdo.

Era casi imposible que desde aquel hospital alguien pudiera

mirarla, pero tuvo la certeza de que dos ojos, malignamente obsesivos, estaban allí abajo, en aquel feo y viejo hospital nacido de una mansión colonial holandesa con un par o más de siglos en sus piedras.

¿Qué podía haber tras aquellos ojos que desde el Old Hospital la inquietaban tanto? ¿Un espíritu maligno? Ofelia no creía en fantasmas ni espectros; además, entre ella y el hospital había un gran vacío, la diferencia entre cinco y treinta y dos pisos. Luego, el grueso cristal que la aislaba térmica y acústicamente. Estaba como a salvo dentro de la burbuja de cristal.

De súbito, comenzó a oír una risa. Sí, no cabía duda de que era una risa, una risa que venía de lejos y que parecía pertenecer a un hombre enloquecido en una anhelante actitud de espera: sí. de espera a que suco- diese algo, algo que tuviera que pasar de un instante a otro.

El tono de la risa fue aumentado y aquellos malditos cristales la dejaban pasar.

Ofelia se apresuró a correr los cortinajes como si ellos tuvieran que aislarla más, ahuyentado aquella risa que la estremecía y que ya no estaba segura si venía de abajo o la tenía metida dentro del cráneo.

Pese a las cortinas, la risa espectral, pues no podía catalogarla de otra forma, seguía y seguía.

Corrió hacia la puerta y trató de abrirla para escapar de su propio apartamento, de su celda de cristal. La puerta estaba como atrancada, no podía abrirla.

Torpemente, utilizó su propia llave y no consiguió nada. Golpeó la puerta con sus puños, gritando:

—¡Socorro, auxilio, Sáquenme de aquí, Sáquenme de aquí!

Sin embargo, nadie acudía en su ayuda, nadie absolutamente. Corrió hacia el teléfono, descolgándolo.

—¡Telefonista, telefonista, póngame con la policía, con la policía! —pidió asustada por aquella risa que se había infiltrado en su apartamento con un extraño poder.

El teléfono no funcionaba. La habían aislado dentro del apartamento, pero ¿por qué la habían encerrado allí, incomunicándola con el mundo exterior; aquel mundo que podía salvarla?

Arrojó el teléfono al suelo y volcó la mesita en que estaba situado. Reparó en el tocadiscos y puso un LP en funcionamiento. La música comenzó a sonar.

Ofelia, como desesperada, jadeaba, inundada de un sudor frío semejante al que la había empapado al despertar de la pesadilla. Dio al volumen hasta ponerlo a tope. Quería que la música absorbiera aquellas risas que la torturaban, pero el disco que giraba y giraba, comenzó a repetirse en unas pocas notas como si se hubiera rayado y coincidiera una y otra vez la doble aguja estereofónica en las estrías y canales correspondientes.

A Ofelia, aquello no le importaba lo más mínimo porque no sabía ni qué música estaba escuchando; sólo deseaba que ahogara materialmente aquella risa que la obsesionaba.

El disco dejó de sonar. Con verdadero pánico, la joven miró en derredor como si un ser extraño se hubiera metido en su apartamento, lo que era del todo imposible.

Cambió de lugar la aguja; tampoco oyó nada y el tocadiscos dejó escapar un ligero humillo blanco y olió a quemado.

Como perseguida por algo intangible e impalpable que tratara de atraparla, corrió de nuevo hacia la puerta.

Por segunda vez, sus esfuerzos por abrirla resultaron inútiles porque la puerta, extrañamente bloqueada, no cedió mientras seguía escuchando aquella risa que la enloquecía.

—¡Socorro, auxilio, Sáquenme de aquí, Sáquenme de aquí!

Desesperada, penetró en el cuarto de asco. Sin quitarse la bata, se metió en la ducha. Dio a la llave con toda la fuerza, abriéndola al máximo y bajo aquellos dardos de agua, puso la cabeza.

Bajo la luz intensa y blanca del cuarto de aseo, dejó que el agua golpeara su cráneo, se metiera por sus orejas y se deslizara por sus cabellos, por su cuerpo de bellas curvas, por su bata sedosa, empapándola.

Como si el tocadiscos hubiera comenzado a ponerse en marcha de nuevo, escuchó una música agradable y suave. Ya no oía la risa que la aterrorizaba, pero fue perdiendo fuerzas.

Su cuerpo entró, poco a poco, en una laxitud. Bostezó bajo el agua que casi se metía dentro de su boca y la vista se le nubló Ni siquiera se dio cuenta de cómo caía, perdida la conciencia, y el agua seguía golpeando su cuerpo.

CAPITULO II

Sin el lastre de ninguna pesadilla, Ofelia abrió los ojos saliendo de un profundo sueño que la había dejado muy relajada.

No tenía deseos de moverse, pero sí movió la cabeza. Había una luz suave en la estancia.

Descubrió a una mujer desconocida sentada en una butaca. Era de raza blanca, algo madura; posiblemente se teñiría las canas que debían asediarla desde los espejos en que se reflejaba.

—¿Cómo se encuentra?

—¿Quién es usted? —preguntó Ofelia con una voz que a sí misma le sonó extraña por lo calmada.

No era lógico que al despertarse en su habitación encontrara frente a sí a una mujer que no conocía y que tenía modales y andares un tanto masculinos.

—Agente Cunninghame.

—¿Agente Cunninghame, es de la policía?

—Ajá.

Dio unos pasos hacia la puerta. Antes de abrirla preguntó:

—¿Está visible para una visita masculina? Ya veo que está cubierta, pero se lo digo por si se siente incómoda y desea levantarse y recibir a la visita, ya vestida, en el saloncito.

—¿Visita masculina? ¿Quién es?

—Se trata del sargento Woodson, de la Brigada Social.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué están en mi apartamento?

—¿No recuerda nada?

—¿Recordar? Bueno, creo que sufrí una pesadilla anoche.

—De algo de eso se trata.

—Dígale que ahora me visto. Me encuentro como cansada, pero bien.

—Será el sedante que le inyectó el doctor.

—¿Sedante?

Instintivamente, se miró el pliegue del codo y allí vio un puntito, signo evidente de que le habían inyectado.

Preocupada, abandonó la cama. Se dio cuenta de que vestía un pijama negro que era suyo, pero que no solía usar. Una de esas prendas que se tienen y que se usan muy poco o nada, pero que nunca se terminan por desechar del todo, arrojándolas a cualquier cubo de basura.

Fue hasta el baño. Se lavó la cara y los dientes y se cepilló el pelo. Con un vestido ligero, salió al saloncito y se quedó mirando al hombre que la aguardaba fumando, sentado en la butaca.

—¿Le sucede algo, señorita Taylor, tiene problemas de

segregación?

—Oh, no, sargento. ¿Cómo se llama?

—Woodson, sargento de la Brigada Social.

La agente, que estaba cerca del ventanal abierto y mirando hacia el rio, le dio una ojeada.

El sargento Woodson era un hombre alto, fornido, negro, con las sienes canosas y la superficie de la cabeza bastante calva.

—Sargento Woodson, yo no tengo problemas de raza, claro que no, valiente tontería.

—Lo imaginaba, señorita Taylor. Mi labor es tratar con la gente y suelo darme cuenta, como los perros, cuando la persona que tengo delante no me tolera bien.

—Por favor, ¿cómo se compara con los perros?

—Era una simple metáfora. De todos modos, estoy acostumbrado a que me digan cosas gruesas y no me altero fácilmente. En la brigada siempre me envían a casos de gente blanca y no de raza negra. Así, cuando les informo de los insultos que me sueltan, pueden hacer estadísticas de la intolerancia sobre los agentes de color. En fin, si sirve para algo... Pero, hablemos de usted, que para eso estamos aquí.

—Es que yo no sé por qué están aquí.

—¿No recuerda nada?

—Pues, una pesadilla, se lo he dicho a la agente.

—¿Ha visto aquella mesita?

—Sí, está rota.

—Eso es. También está roto el tocadiscos y el teléfono.

—Creo recordar que tuve miedo, mucho miedo. Había una risa, una risa...

—¿Una risa? ¿Recibió a alguien en su apartamento?

—No, no recibí a nadie.

—La verdad es que la creo, no hay huellas de que haya estado nadie más. En principio, pensamos que fue atacada, pero su cuerpo no muestra señales.

—¿Mi cuerpo?

—No tema, yo no la he tocado. Ha sido el doctor.

—¿El doctor, qué doctor?

El sargento de la Brigada Social sacó un bloc. Antes de que lo consultara, la agente Cunninghame dijo con su voz un tanto dura:

—Doctor Mulberry, del Old Hospital.

—¿Del Old Hospital, dice?

—Sí, ¿le conoce? —preguntó el sargento negro, como encontrando un cabo para desenredar todo aquel lío.

—No, no le conozco, pero el Old Hospital está abajo, cerca de aquí.

—¿Ha sido atendida en alguna ocasión en el Old Hospital?

—No, claro que no.

—¿Por qué claro, teme algo?

—No, creo que no, no sé lo que sucede.

—¿Ha sido tratada alguna vez por un psiquiatra?

—¿Psiquiatra, insinúa que estoy loca?

—No. pero eso deberá decirlo un médico, no yo que sólo soy de la Brigada Social. Estuvieron a punto de enviarla al Old Hospital, pero el doctor... ¿cómo se llama?

La agente repitió mecánicamente, como si fuera una computadora:

—Doctor Mulberry.

Ofelia se echó hacia atrás y suspiró con fuerza.

—Tuve problemas y no entiendo por qué. Nunca me había pasado nada especial. Sufrí una desagradable pesadilla y si va a pensar que bebo...

—Tranquila, sabemos que no bebe.

—¿Han buscado las botellas?

—Sí y además el doctor Mulberry, esta vez sí me he acordado del nombre, nos confirmó que no estaba bebida ni mucho menos.

—Señorita, lo importante era averiguar si había sido atacada, pero todo está bien. La puerta fue abierta con una llave maestra y no había señales de violación en la cerradura.

—¡Ahora recuerdo! —exclamó Ofelia.

—¿Qué recuerda?

—Que la puerta no se podía abrir y el teléfono no funcionaba.

—¿Dice que no se podía abrir?

—Sí, y yo quería escapar.

—¿De qué?

—Pues, pues... —vaciló—. En fin, creo que debió de ser un acto de sonambulismo.

—Vaya, un acto de sonambulismo que pudo costarle la vida.

—¿La vida, por qué?

—Por lo visto, se metió dentro de la bañera con toda el agua de la ducha abierta. Se desmayó, y la bañera, que tenía el tapón colocado, se fue llenando. Gracias a que quedó con el cuerpo mitad fuera, a caballo del borde de la bañera, se salvó. Si se hubiera quedado desmayada dentro de la bañera, se hubiese ahogado.

—¿Se llenó?

—¿No recuerda nada?

—No.

—Pues sí, se llenó y el sumidero que hay en el suelo del cuarto de baño estaba algo obturado. Como el agua salía por la ducha a gran presión, no pudo absorberla y se produjo la inundación. Si mira la moqueta, verá que está mojada.

—Dios mío, es verdad.

—El agua salió por debajo de la puerta de entrada y pasó a la

escalera, produciendo la consiguiente alarma. Avisaron a la policía después de llamar con insistencia. En fin, ya puede suponer todo lo que ocurrió. Pensamos que había podido ser atacada o que había intentado...

—¿Suicidarme?

—Sí, pero un simple examen ha demostrado que no hubo tal intención; no obstante, deberá pasar por una inspección médica de rutina.

—¿Es necesaria?

—Si presenta un informe de un psiquiatra privado, en este caso será aceptado sin problemas, puesto que no se va a llevar a la corte ya que no hay denuncias ni lesiones y digamos que la inundación la cubre perfectamente el seguro del edificio.

—Está bien, entonces debo ir a un psiquiatra —aceptó.

—Es mejor para usted, así sabrá lo que pudo ocurrirle. Si antes de siete días presenta el informe de un psiquiatra privado, se ahorrará tener que pasar por el despacho del psiquiatra que le destine.

—Está bien, sargento. ¿Y a quién debo presentar el informe psiquiátrico conforme no estoy loca y que sólo se trata de una mala pesadilla que ni yo misma entiendo?

—Pues, a mí mismo, en la Brigada Social o mejor me llama por teléfono, aquí le dejo una tarjeta. Hemos terminado, si es que se considera bien para quedarse sola. ¿Tiene algún familiar al que se pueda avisar?

—Oh, no, no hace falta asustar a la familia.

—De acuerdo, señorita —aceptó el sargento de color, sonriendo afable.

—Gracias por todo y sólo puedo hacer que pedirles disculpas por lo sucedido.

—Es usted una buena chica, no me cabe duda.

—Supongo que habrán mirado a ver si estoy fichada.

—Sí, es parte de la rutina y su bonita cara no aparece por ninguna parte. Es usted una mujer que no tiene más problemas que el de hacer una simple visita por un consultorio médico. Piense que un problema, cogido a tiempo, es más solucionable que tomado tarde. Hay ocasiones en que los problemas, desgraciadamente, son irreversibles. Sé que usted es de Connecticut y que no hace mucho llegó a Nueva York. Esta ciudad aplasta a los más enteros y más fuertes: no es fácil vivir aquí. Para algunos es la gloria; para otros, una droga de la que no pueden prescindir y para muchos, los más, un monstruo insoportable.

—Sí, es posible y a menos que el psiquiatra diga lo contrario, a mí me gusta Nueva York.

—Magnífico, a mí también.

—Pues a mí no —gruñó la agente Cunninghame.

Al poco, Ofelia Taylor quedaba sola y preocupada en su apartamento, que conservaba las huellas de lo sucedido.

Instintivamente, se acercó al ventanal. Recordó la siniestra risa y a través del cristal miró hacia abajo. Allí estaba el siniestro Old Hospital.

CAPITULO III

—Enfermera, por favor, ¿el doctor Mulberry?

La enfermera que estaba detrás del mostrador, con más años en sus maderas que los que pudiera tener sobre sus espaldas aquella treintañera, sin siquiera mirarla preguntó:

—¿Tiene hora?

—¿Hora? Pues no.

—¿Primera visita?

—La verdad es que tengo entendido que ayer me atendió.

—¿Aquí, en el Old Hospital o en su consultorio?

—Fue en mi apartamento.

—En su apartamento, ¿eh?

Alzó la mirada y observó a Ofelia Taylor de arriba abajo. Reparó en su juventud, en su silueta estilizada, en su cuello alto, en su cabello rubio y lacio, en sus ojos azules y en la trenka de piel que usaba y que, en aquellos momentos, llevaba desabrochada por la calefacción que había en el hospital.

—Bueno, es lógico, usted no está mal.

—No se qué quiere decir, pero...

—No se moleste. El doctor Mulberry no puede atenderla ahora, él y los demás médicos están pasando las visitas de sala. El horario del ambulatorio comenzará dentro de una hora y media.

Molesta por la insolencia y desgana de aquella enfermera, Ofelia se alejó.

Al doblar un pasillo, descubrió una escalera. Como había oído comentar a alguien por allí que las salas de visita estaban en los pisos superiores, pensó que lo mejor sería abordar al doctor Mulberry donde estuviera; luego ya vería cómo quedaba para que la visitara.

No conocía en Nueva York a ningún psiquiatra en particular y como tenía que presentar a la Brigada Social un Informe respecto a su salud mental, extendido por un responsable colegiado, escogió al médico que, al parecer, tenía por vecino y que la había atendido.

Ya al introducirse en el Old Hospital había tenido una sensación desagradable. En la planta baja había gente de las razas más diversas y teniendo todos en común en sus rostros el sello de la escasez de dólares en sus bolsillos, pues no cabía pensar que aquellas personas pagaran con cheques.

Muchos de ellos eran inmigrados y por allí solían pasearse a menudo los hombres del FBI buscando a los inmigrantes no controlados.

Tal como había supuesto, aquel hospital era un laberinto de pasillos, salas extrañas, quirófanos, estancias vacías donde se acumulaban enseres inservibles. Resultaba difícil imaginar que si allí

se perdía algo, pudiera encontrarse.

A la administración del Old Hospital debía habérsele escapado de las manos el control absoluto de cuanto allí había y por muchas cintas plásticas grabadas que pusieran como pulseras a los internados, en muñecas y tobillos, no resultaba difícil que se perdieran o escaparan en medio de aquella extraña y deprimente amalgama de personas que, si en determinadas salas semejaban bullir, otras, por el contrario, estaban vacías.

Repasó el primer piso y no vio más que estancias con gente que se quejaba. Ofelia no tenía deseos de averiguar de qué se quejaban, si del hospital, de sus propias miserias o de la vida en general.

Subió a otro piso y preguntó a un enfermero con el que se topó:

—Por favor, ¿el doctor Mulberry?

—Arriba, arriba.

Y se alejó rápidamente, empujando una camarera aséptica que transportaba un cubo nada aséptico, pues en él se podían ver vendas y gasas manchadas de sangre y feas supuraciones.

Ofelia que no había desayunado, pues aún estaba algo aturdida por lo que le estaba ocurriendo, sintió náuseas. Respiró hondo para que se le pasara aquella desagradable sensación.

Tras dar muchos pasos que resonaban contra las paredes, fue descubriendo nuevas salas, unas abiertas y otras cerradas. Se detuvo y se dio cuenta de que estaba cansada. Había caminado y subido peldaños aprisa.

Meditando un poco, se percataba de que se había perdido, considerando que alguien pudiera perderse dentro del Old Hospital, puesto que descendiendo por las escaleras, forzosamente se tenía que llegar a la planta baja. Después, por alguna puerta, se saldría a la calle.

En aquellos momentos, Ofelia deseó estar ya en la calle. Allí dentro se sentía inquieta y comenzó a lamentar haberse empeñado en que la visitara aquel médico al que aún no conocía.

Caminando despacio, tomó la decisión de marcharse. Cualquier psiquiatra servía, se lo había dicho el sargento de la Brigada Social.

Escuchó unos lamentos que la obligaron a detenerse. Miró por encima de su hombro, buscando el lugar de donde procedían, pero entonces se fijó en una de las ventanas.

Se acercó a ella y vio ante sí la enorme masa del Riverdale Building. Una de aquellas ventanas encristaladas, que podía ver en gran cantidad, debía corresponder a su apartamento.

Quiso identificar qué ventana era la suya y comenzó a contar desde abajo para ir subiendo la mirada.

Tras ella, el gemido la perturbó de nuevo. Molesta, se volvió y pudo observar varias puertas cerradas por fuera con cerrojos y unas

mirillas.

Sintió deseos de abrir una de aquellas puertas de madera oscura, mas se contuvo. Se percató entonces de que estaba sola en el largo corredor de un piso alto, que ya no sabía cuál era, pues había dado demasiadas vueltas. El hospital era verdaderamente enrevesado en su construcción.

Se acercó a la puerta y abrió la mirilla para ver qué había detrás y comprobar si de allí dentro sallan los gemidos que la habían inquietado.

De súbito, tras la mirilla, dos ojos muy saltones la escrutaron con fiereza. Ofelia se asustó ante aquella mirada demencial y saltó hacia atrás ante el grito espeluznante que lanzó el ser que estaba tras la puerta.

Ofelia cerró la mirilla violentamente y se apoyó contra la pared.

—Dios mío, esto es un pabellón de locos. ¿Estaré enloqueciendo yo también?

Un escalofrío recorrió su cuerpo al pensar que la noche anterior podía haber sido internada en el Old Hospital y encerrada en una de aquellas celdas para locos, quizá peligrosos.

—¿Qué hace aquí? —le interpeló una vea ronca y dura a la vez.

Sufrió un pequeño sobresalto al ver tras de sí a una mujer alta que vestía de negro hasta los pies, con un extraño uniforme que tenía una capucha colgando a la espalda.

Su faz era muy angulosa; podía decirse que la piel se pegaba a los huesos de su rostro.

—¿Yo?

—Sí, usted, ¿qué hace aquí? No es hora de visita a los enfermos.

—Busco al doctor Mulberry.

—¿Doctor Mulberry? —repitió como pensando.

—Sí, al doctor Mulberry. Me llamo Ofelia Taylor.

—¿Ofelia Taylor?

—Sí, ¿le ha hablado el doctor Mulberry de mí?

La extraña y alta mujer, pues mediría casi metro ochenta y semejaba aún más alta por su delgadez casi esquelética, inquirió:

—¿Tiene algún paciente en el hospital?

—Pues...

Ofelia vaciló, temiendo decir que había sido visitada por el doctor Mulberry. Aquella mujer podía encerrarla en una de aquellas celdas situadas en un piso alto del Old Hospital.

—¿Los enfermos no gritan por la noche? —preguntó un poco tontamente, sin saber qué decir.

—No, no gritan por la noche —puntualizó la extraña mujer, sonriendo mientras la observaba fijamente.

—Es que uno acaba de gritar.

—Les administramos sedantes con la cena, así duermen tranquilos.

—Sí, claro, sedantes. Se emplean mucho los sedantes para los locos.

—Es como mejor se tranquilizan y así molestan menos. ¿Algo más, Ofelia?

Le extrañó que la llamara por su nombre de pila, sin tratamiento alguno pese a que le había dado el apellido. Ambas eran dos desconocidas, no se habían visto nunca antes.

—Oiga, ¿éste es el pabellón de los locos?

—Digamos que es un corredor de psiquiatría preventiva. En realidad, esto no es un manicomio. Aquí sólo se reciben algunos casos urgentes y luego son distribuidos a los sanatorios y clínicas especializadas.

—Y arriba, ¿qué hay, quizá quirófanos?

—No, los quirófanos están en los subterráneos. Si quiere ver lo que hay arriba, sígame.

Ofelia tuvo deseos de echar a correr, pero siguió dócilmente a aquella mujer que anduvo sin hacer ruido.

Subieron a otro piso. Ofelia pensó que ya no debía de quedar ningún piso más por subir, puesto que el Old Hospital no era alto precisamente. Desde su edificio de apartamentos podía verlo casi aplastado contra el suelo, pesado y negruzco.

Pasaron por varios corredores tras cruzar unas salitas vacías y frías. AHÍ, el polvo abundaba y no le hubiera extrañado nada ver roedores, si es que algo había para comer.

La enigmática enfermera, si es que efectivamente lo era, se detuvo ante una puerta. A Ofelia le parecía muy rara aquella bata negra hasta los pies.

La alta mujer se volvió para mirar a Ofelia, la cual preguntó, sorprendiéndose a sí misma oír su propia voz, pues hacía varios minutos que no hablaban.

—¿Adónde me lleva?

—¿No quería ver lo que hay arriba? Usted me lo ha preguntado.

—Era una simple curiosidad, carece de importancia.

La mujer sonrió, aunque su sonrisa constituyó una desagradable mueca.

Abrió la puerta y apareció una estancia circular, con una ventana por la que apenas se veía el exterior. La ventana tenía cristales, pero estaban muy sucios. Luego, había una escalera de caracol que conducía a una puerta situada casi a ras de techo.

—Suba y lo verá.

—Bueno, repito que no es importante —balbució.

—Suba —ordenó la mujer de la bata negra.

Ofelia se sintió dominada como una niña pequeña que tenía que

obedecer a su maestra autoritaria e implacable. Fue hacia la escalera de caracol que ascendía casi hasta el techo y una vez arriba, abrió la puerta despacio.

Al principio no vio nada. Una vaharada de hedor frío y húmedo le dio en el rostro. Asimiló aquel olor como si entrara en un panteón largo tiempo cerrado.

Tuvo intención de retroceder y volver a bajar por la escalera, pero la extraña mujer le ordenó:

—Entra, entra y verás lo que andas buscando.

—Sí, sí, claro.

Entró despacio, casi tanteando.

Estaba en una especie de desván sumido en tinieblas. Buscó el encendedor en su bolso mientras se detenía para no tropezar con nada, pues parecía que había muchos cachivaches allí dentro.

Amoldó sus pupilas a la tenue luz de la llama y al ver lo que tenía delante, quiso gritar pero no lo consiguió. El grito se ahogó en su garganta, acuchillándole el cuello al querer brotar y no conseguirlo.

Frente a ella había unas jaulas de acero de forma antigua y en su interior, restos humanos.

Algunos eran puros y mondos esqueletos, pero en la jaula que había a su derecha, la corrupción aún no era completa. Se conservaban restos de piel adheridos a los amarillentos huesos, y podían verse largos cabellos, rubios como los suyos.

Era una mujer, sí, una mujer que había sido encerrada allí hasta morir. Sus dedos estaban engarfiados en los barrotes.

Ofelia había quedado como clavada en el suelo, incapaz de moverse mientras el pánico circulaba a gran velocidad por el interior de sus venas. Volvía a sentir aquel espanto que la ahogaba, transtornándola.

Si hubiera contado aquellas siniestras y letíferas jaulas que pendían del techo con gruesas cadenas, habría observado lo que contenía cada una de ellas e incluso que las había vacías.

Mas, nada pudo ver de todo aquello, ya que comenzó a escuchar una risa que reconoció de inmediato. Aquella risa la hizo retroceder mientras la estirada llama de su encendedor de gas iluminaba débilmente aquel lugar, produciendo sombras oscilantes.

Las jaulas también comenzaron a moverse, suspendidas en el aire en una danza macabra.

Al final descubrió a un extraño ser sentado en una especie de trono de madera negra, con labrados que en aquel momento no pudo distinguir. Era un ser que tenía una cabeza enorme, desmesurada, y reía obsesivamente.

—¿Quien, quien es usted? —preguntó como pudo.

El hombre no respondió, siguió riendo cada vez con más fuerza.

Se levantó del trono de madera y Ofelia pudo ver que era un grotesco enano que se movía mucho al caminar, como si su cabeza pesara en exceso por lo desmesurada, bamboleándose a un lado y a otro.

El deforme enano avanzó hacia ella. Ofelia, asustada, echó a correr y se precipitó escaleras abajo. El encendedor se le cayó, apagándose.

—¡Ayúdeme! —suplicó desde el suelo.

La extraña mujer, excesivamente alta y huesuda, ya no estaba allí. Ofelia comprendió que la había conducido a aquel siniestro lugar y luego la había dejado sola con aquel ser horrible que tenía un cuerpo pequeño y deforme, con una cabeza monstruosamente grande, apenas sin pelo y que reía y reía.

Se lanzó contra la puerta para huir, pues la risa se hacía cada vez más fuerte en aquella estancia vacía de muebles y en la que sólo había la maldita escalera de caracol.

La puerta no cedió; estaba sólidamente cerrada.

—¡Socorro, auxilio! —gritó golpeando la puerta mientras el enano aparecía en lo alto de la escalera, bamboleando su obsesiva y enorme cabeza.

Unos ligeros golpes le hicieron volver la cabeza y lo hizo hacia la ventana. Encarada con ella, pese a la suciedad y mala visibilidad de los cristales, descubrió a una paloma que golpeaba el cristal con su pico.

Como por la puerta no podía salir, se dirigió a la ventana. Resuelta, sin dudarlo, la abrió. Sacó medio cuerpo al exterior, gritando desesperadamente.

—¡Socorro, auxilio!

Nadie parecía oírla y no veía nada, absolutamente nada. La maldita y densa niebla invernal había caído de nuevo sobre la macrometrópoli, el peor de los monstruos de acero y cemento construido por el ser humano.

No veía la calle ni la circulación; sólo escuchó el rumor de un barco y, de improviso, el ulular de la sirena de una ambulancia.

El deforme enano, sin cesar de reír, comenzó a descender los peldaños de la escalera de caracol, seguro de que Ofelia no podría escapar de aquel lugar. Abajo estaba el vacío y la puerta se hallaba sólidamente cerrada.

Ofelia respiró aire con ansiedad; se colgó el bolso en bandolera y salió por la ventana, arriesgando el todo por el todo. No quería ni pensar en acabar encerrada en una de aquellas jaulas, colgando de una cadena del techo de un viejo hospital. No, a ella no la encerrarían como a una bestia.

El enano siguió bajando lentamente, como si temiera caer por las escaleras. Ofelia se volvió a mirarlo a través de la ventana y le pareció

horrible. Su aire un tanto idiotizado, sus grandes ojos, su boca con el labio inferior colgando con un hilo de saliva pendiendo de él...

Pero, aquel ser que tanto la espantaba tenía otra cosa grande en su cuerpo: eran las manos, dos enormes manos y también dos enormes pies que atrajeron la mirada de Ofelia porque sus zapatos no eran normales.

No pudo seguir mirando porque aquel monstruo avanzaba hacia ella despacio pero inexorable y sus manazas acabarían atrapándola.

—¡Socorro, auxilio! —gritó de nuevo, encarándose con el vacío.

El rumor del denso tráfico ahogó su voz. La gente, metida dentro de sus automóviles, marchaba rápida de un lado a otro.

La paloma echó a andar por la cornisa. Ofelia, que se fijó en ella, la siguió agarrándose como pudo, jadeante, temiendo resbalar de un instante a otro.

Llegó a otra ventana sólidamente cerrada, le fue imposible entrar por ella. La última vez que vio al enano, éste se hallaba en la ventana, sacando la cabeza mientras reía.

La paloma siguió avanzando por la comisa. De pronto, aleteó con fuerza y se lanzó al vacío.

Ofelia se sintió más sola; el pájaro semejaba haberla ayudado a escapar.

Al querer continuar adelante, su pie falló. Había llegado a una esquina del edificio, a uno de los ángulos exteriores de la edificación. Lanzó un grito ahogado y gracias a que la cornisa era ancha, logró agarrarse, salvándose de caer al vacío.

Quedó medio sentada contra la pared y encima del final de la comisa. Su respiración era entrecortada, su diafragma parecía descontrolado.

La niebla era muy intensa. Tanteando, comprobó que la cornisa seguía por la otra pared, donde el edificio doblaba, y gateó por ella. Pasó por debajo de varias ventanas y tuvo miedo de insistir en ellas. Temía encontrar a la mujer que la había conducido al desván.

De pronto, se topó con algo que le pareció increíble y maravilloso a la vez. Era una escalera contra incendios, fría, húmeda, sucia y herrumbrosa.

Se metió dentro de la escalera y descendió atropelladamente los peldaños que resonaban. Bajó y bajó hasta que vio que la escalera quedaba en el vacío. No veía el suelo, debido a la intensa niebla.

Subió unos peldaños más y empujó una ventana que cedió, penetrando por ella. Ya estaba de nuevo en la parte más abigarrada del Old Hospital.

Corrió en medio de la gente, empujó y escuchó insultos; sin embargo, siguió corriendo en busca de una salida por la que poder escapar.

Dos enfermeros trataron de detenerla, pero sus dedos extendidos no consiguieron detenerla.

De pronto, Ofelia chocó contra una forma blanca.

—¡Señorita! —la interpeló una voz.

Se apartó ligeramente y en aquel pecho blanco vio una tarjeta de identificación, roja con letras blancas. Pudo leer de inmediato: «DOCTOR MULBERRY».

Volcó su cabeza contra el pecho del médico y sollozó con fuerza mientras desfallecía.

Las manos del hombre tuvieron que sostenerla para que no diera con sus huesos en el suelo.

CAPITULO IV

Cuando Ofelia Taylor despertó de aquel segundo desfallecimiento, sufrido en el periodo de pocas horas, cuando ella jamás se había desmayado con anterioridad, abrió los ojos y miró despacio en derredor, recelosa, como temiendo descubrir algo desagradable que la perturbara.

Estaba tendida en un diván de consultorio, dentro de un despacho amplio y enmoquetado, con mobiliario de estilo antiguo y mucha madera oscura.

Había muy poca luz. Sobre la mesa escritorio, muy confortable, además de un montón de pequeñas cosas, había una pantalla direccional de luz eléctrica que iluminaba la superficie. Esparcía una débil claridad en derredor que no sólo no molestaba sino que incluso tranquilizaba.

Tras la mesa escritorio no había nadie. Ofelia estaba sola en aquel despacho y adquiría conciencia de ello cuando se abrió la puerta y apareció un hombre más bien alto y rubio. Algo le brillaba en la dentadura y la joven supuso que era una pieza de oro.

El hombre era joven, apuesto: le inspiró confianza y la hizo parpadear. No sintió ningún miedo.

—¿Despierta ya, señorita Taylor?

—Sí, ¿qué sucede?

—Nada, ¿me permite que la tutee y la llame por su nombre de pila? —le preguntó el hombre sentándose en un ángulo de la mesa mientras tomaba un cigarrillo de un paquete y le prendía fuego.

—Sí, claro. Mi nombre es Ofelia y además me gusta que me llamen así.

—¿Fumas?

—Sí.

El se quitó el cigarrillo de los labios y se lo entregó a la joven.

El hombre, que vestía camisa con corbata, pues allí dentro reinaba una temperatura agradable, acercó una mesita con ruedas, deslizándola por encima de la moqueta. Sobre ella puso un cenicero.

Aproximó una butaca a la cabecera del diván, colocándose de forma que si ella no forzaba la cabeza, no podía verle bien. El hombre se había procurado otro cigarrillo y fumaba como ella.

—Bien, Ofelia, ¿qué me puedes contar?

—¿Yo?

—Me han dicho que has venido al hospital buscándome.

—¿Estamos en el hospital?

—Sí, claro. No te iba a sacar en una ambulancia.

—¿Estoy retenida aquí?

—Si te refieres a si te hemos internado, naturalmente que no. Esto

no es un sanatorio, sólo tenemos un consultorio más. El Old Hospital es un lugar donde se puede aprender mucho.

—¿Usted, usted es el doctor Mulberry?

—El mismo. ¿Te extraña porque soy algo joven y no llevo barba ni gafas de gruesa montura? Los psiquiatras no tenemos por qué llevar esa especie de uniforme físico que algunos han tratado de imponer.

—Sí, claro.

—Mi nombre es Joseph.

—¿Estoy loca, Joseph? —le preguntó abiertamente.

—Esa palabra no me gusta. El término «loca» no se emplea porque no es exacto; además, resulta muy peyorativo.

—Entonces, ¿qué nombre me va a asignar, paranoica, neurasténica, esquizofrénica? Mi cultura al respecto no llega más lejos.

—Pues hay muchos más nombres para emplear; sin embargo, el calificativo es lo de menos, lo fundamental es el problema.

—Joseph, este hospital está embrujado, ¿verdad?

—¿Embrujado? No creo. Es algo viejo, hay que admitirlo; tampoco reúne las condiciones que serían de desear, pero es aprovechable teniendo en cuenta el déficit de camas que existe en Nueva York. En fin, algún día lo echarán abajo y en su lugar levantarán un centro médico importante.

—No se ha reído.

—¿Por qué debería haberme reído?

—Al preguntarle si el hospital está embrujado.

—Los psiquiatras tenemos la obligación de no reírnos nunca de nada, claro que no por ello hemos de ser unos antipáticos hipocondríacos, nada de eso. Debemos escuchar, porque la mayoría de las veces, cada pregunta u observación, para la persona que la hace, tiene su razón, su lógica, aunque parezca absurda. Nosotros debemos descifrar esa razón y esa lógica. Todos tenemos nuestras grandes o pequeñas manías y éstas tienen un fundamento que, en ocasiones, no vale la pena buscar; pero cuando la mente se perturba y se desencadenan los problemas, sí hay que buscar el nacimiento de la manía y la causa desencadenante.

—¿Y qué manía tengo yo?

—Si no me la dices, no la sabré. De momento sólo sé que estás asustada, que temes a algo o a alguien, que te sientes como encerrada y que sufres desmayos causados por una fortísima tensión nerviosa. Sé que no bebes, fumas poco y no te drogas, salvo que lo hagas oralmente, cosa que no creo.

—¿Y de todo eso, qué opinas?

—Todavía no puedo opinar nada. Sé que eres de Connecticut y que hace poco que estás en Nueva York, una ciudad que impone a quien llega tratando de conquistada. No es lo mismo venir como turista,

dejándose llevar de un lado a otro para visitar la Estatua de la Libertad, Battery Park, Rockefeller Center, los museos metropolitanos o los grandes teatros de Broadway, que venir aquí a luchar, a abrirse paso como sea. ¿Has tenido algún fracaso?

—¿Fracaso?

—Me refiero a si no te han salido las cosas como tú querías, buscando trabajo, por ejemplo.

—No, no es eso. Tengo una beca para el estudio de la escultura y también unos ahorrillos. Entre la beca y los ahorros, voy tirando, pero no he sufrido ningún fracaso.

—¿Has dejado problemas en Connecticut?

—Problemas, ¿quién no tiene problemas?

—Es cierto, pero algunos pueden soportarlos sobre sus espaldas y otros necesitan ayuda.

—¿Yo soy de quienes necesitan esa ayuda?

—Ofelia, creo que ofreces una pequeña resistencia que no te conducirá a ninguna parte, es decir, sí, a vivir más intensamente tu problema. Luego, será peor. Si lo sacamos a la luz ahora y le ponemos solución, el problema podrá ser controlado.

—Si lo que quieres decir es si de pequeña estaba enamorada de mi abuelito, de mi papá o del árbol de la esquina y por ello tengo retorcidos complejos, pues no.

—Freud realizó unos trabajos excelentes respecto a la libido y a la sensualidad humana, sea en la fase oral, anal, genital, etcétera; pero hay otros psiquiatras que opinan todo lo contrario que Freud.

—¿Y tú eres de la escuela de Freud o de la contraria?

—Yo soy un ecléctico en mi profesión, ya sabes, tomo lo mejor de cada uno de mis maestros. ¿Dispuesta ya a contarme tus problemas? Si lo podemos solventar en una sola sesión, mejor para ti que no tendrás que volver a aguantarme y peor para mí. No siempre se tiene a una joven tan bella tendida en el diván.

—Es que si te cuento lo que me pasa, vas a colocarme una de esas etiquetas raras y difíciles de pronunciar, pero que al fin y a la postre vendrán a decir que estoy loca.

—No temas por lo que yo pueda opinar.

—De acuerdo, pero con una condición.

—Sin condiciones.

—Entonces, no hablo.

Joseph Mulberry golpeó el cigarrillo con el índice de su mano izquierda, haciendo saltar la ceniza dentro del cenicero de cristal; luego aceptó.

—De acuerdo. ¿Cuál es la condición?

—Que diga lo que diga, no me internarás en el hospital, que no me encerrarás en una de esas horribles celdas que hay en los pisos altos.

—¿Has estado arriba? —preguntó él(frunciendo el ceño.
—Sí.
—¿Cómo ha sido?
—Te buscaba.
—¿Por recomendación de la Brigada Social?
—¿Te lo ha dicho el sargento Woodson?
—Hace poco he hablado con él por teléfono.
—¿Le has contado que me he vuelto a desmayar? —inquirió preocupada.
—No temas, le he dicho que has venido a verme y que estabas en mi consulta.
—¿Se lo explicarás después?
—Si no ha lugar, no; no creo que se deba informar a la policía de cada desmayo que sufra la gente. Tu caso en el edificio de apartamentos fue diferente; allí hubo una inundación, pudiste morir en la bañera y había cosas rotas en tu apartamento, lo que preocupó a la policía. En tu caso sólo intervino la Brigada Social hasta comprobarse que no había ocurrido nada delictivo o criminal, de modo que no temas, pero serás sincera, ¿verdad?
—Sí, si no me queda otro remedio. Deseo acabar con todo lo que me está sucediendo.
—Terminaremos pronto, si pronto lo cuentas y hallamos la causa.
—La causa está en este siniestro hospital.
—No eres la única que opina que es siniestro.
Ofelia suspiró, acomodó mejor su cabeza sobre el diván y explicó cómo pudo lo que le había sucedido en el apartamento, después de la pesadilla.
Continuó con lo ocurrido en el hospital y no fue interrumpida ni una sola vez, Mulberry escuchaba atentamente. De cuando en cuando, Ofelia tenía la impresión de que el joven psiquiatra escribía algo en un bloc; lo que ella ignoraba es que también estaba grabando sus palabras, aparte de anotar lo que consideraba más importante.
Ofelia terminó su narración diciendo que se había desmayado al tropezar con él y sentirse como salvada.
Se produjo un silencio, un silencio que rompió la propia joven tras dar una chupada al resto del cigarrillo que terminó por aplastar.
—¿Me crees?
—Creo que eres sincera.
—Eso no me parece suficiente. Yo puedo hablar con sinceridad y explicar cosas absurdas que sólo ocurren en mi mente.
—¿Tú crees que sólo ocurren en tu mente?
—No, estoy segura de que son reales, que están en este hospital y podrás comprobarlo yendo arriba.
—¿Y si te demostraran que no existe tal desván, que no hay jaulas

con restos de mujeres dentro ni ese enano del que hablas; que esa mujer alta con túnica

o bata negra con capucha es sólo fruto de tu imaginación? ¿Qué explicación darías entonces a todo lo que ocurre?

—¡Es que es verdad, estoy segura! —protestó incorporándose—. ¡Es verdad, lo he visto, lo he visto y lo he oído!

—Sí, sí, tranquilízate.

—No me crees, ¿verdad? ¡No me crees!

—Ofelia, debes confiar en mí.

—Si te llevo a ese siniestro lugar, ¿me creerás?

—Claro, claro que sí.

—La verdad es que me da pánico volver a ver lo que ya he visto. He estado a punto de matarme caminando por la comisa.

—Este hospital no es precisamente un modelo arquitectónico funcional; no lo es porque está basado en una antigua mansión holandesa a la que se han agregado alas en derredor según lo han exigido las necesidades y así se han comido lo que antiguamente fueran jardines. Quiero decirte que este lugar se presta a ser observado con recelo y a contar cosas extrañas sobre el mismo. Es muy grande, más de lo que parece a simple vista y es cierto que tiene muchos corredores, salas y habitaciones. Recorrerlo todo no es fácil.

—No admites que aquí hay cosas extrañas.

—De todos los hospitales grandes y con años sobre sus piedras se cuentan cosas extrañas y espeluznantes que la mayoría de las veces sólo son fantasías de los propios internados y de sus parientes. Habrás oído hablar de la enfermera de la muerte que existe en el Guy's Hospital de Londres.

—Pues no.

—Bueno, no tiene importancia.

—Espera, ¿qué enfermera es ésa?

—Dicen que cuando aparece esa extraña enfermera fantasma, el paciente va a morir. Elia es la encargada de acompañarle en sus primeros pasos por el Más Allá.

—¿Y eso se ha podido probar?

—Claro que no, pero ¿qué quieres que diga un compañero de sala con una enfermedad grave, posiblemente con fiebre, y que ve morir al paciente de al lado?

—Sí, claro, pero...

—Antes de comprobar lo que me has explicado, ¿por qué no tratas de darle una interpretación lógica?

—¿Te refieres a posibles fantasías mías?

—Sí. En hipótesis, pensemos que todo es un problema que vives en tu mente, sobrecargada por algunos problemas. Busca una causa que pueda ocasionar tales problemas.

—Lo siento, no tengo más explicación que la de creer, que todo lo que me ha sucedido no es cosa de mi mente, sino real.

El doctor Mulberry suspiró y se puso en pie. Ofelia se sentó en el diván, dejando que sus pies colgaran en el aire.

—Ofelia, debemos seguir charlando otros días.

—De modo que no crees nada de lo que te he dicho, que vas a tratarme como a una loca más a la que harás pasar por el consultorio buscando causas retorcidas que excitan la imaginación.

—Ofelia, te prometo dar una vuelta por la parte alta del hospital y averiguar si todo lo que dices es cierto.

Ofelia saltó del diván. Se puso en pie estirando su vestido.

—Una pregunta, Joseph.

—¿Sí?

—¿Qué pasará si no vuelvo por aquí; qué harán los de la Brigada Social conmigo?

—No creo que hagan nada. Ellos no son ejecutivos, a menos que tú cometas un acto delictivo. En realidad, lo que hacen es ayudar a quien puede tener problemas antes de que se metan en líos más graves que los lleven ante una corte.

—Creo que la solución está en marcharme del Bronx a vivir a otra parte, lejos del Old Hospital que, al parecer, es lo que me inquieta.

—¿Crees que ésa es la solución? Opino que el problema aparente siempre esconde el real y que en muchas ocasiones nos negamos a aceptar.

—¿De verdad piensas que me niego a aceptar algo?

—Nos tuteamos, me caes bien personal mente, pero apenas te conozco. También hay que puntualizar que lo que perturba nuestro subconsciente es ignorado por nuestro consciente y suele haber indignación en muchos pacientes cuando el psiquiatra les dice lo que perturba su subconsciente. Niegan, juran y perjuran que aquello no es cierto, pero a la larga, tras la indignación y el paso de unos meses, quizá un año o dos, el problema desaparece y también olvidan su cólera inicial. En fin, temo que estoy hablando demasiado. Tú no confías en mí totalmente.

—Sí confío, por eso he venido al Old Hospital y te he contado lo que me ha ocurrido y que te parece fantástico.

—Estoy acostumbrado a escuchar historias fantásticas. Entre lo que he oído personalmente y lo que me han contado los libros y revistas de otros colegas, es raro que haya algo que pueda sorprenderme; sin embargo, siempre hay una puerta abierta a lo posible. Ninguna de las ciencias conocidas tiene todos sus enigmas resueltos y mucho menos una ciencia como la Medicina, que no es exacta y donde dos y dos no ha de ser cuatro forzosamente. Dentro de la Medicina, el mundo de la mente, con el consciente y el subconsciente, todavía es más

problemático.

Abrió la luz general del despacho y Ofelia descubrió entonces un cuadro que pendía de la pared.

Era un cuadro no demasiado grande, de personas metidas en una extraña reunión.

Ofelia apuntó con su índice al lienzo y gritó con miedo:

—¡Ahí, ahí está, ése es!

CAPITULO V

Ofelia quedó inmóvil ante el gran lienzo que pendía de la pared del saloncito ubicado en el corazón de la mansión holandesa que había servido como base y célula para que el Old Hospital se engrandeciera en derredor.

Aquel saloncito se había convertido en la antesala del despacho del director general del centro hospitalario.

Hasta allí se podía converger desde distintos lugares: Por la amplia y doble escalera que ascendía a los pisos o por diferentes puertas. Una de ellas, a través de un corredor, conducía al gran vestíbulo de recepción general. Otra puerta llevaba directamente a los sótanos donde se ubicaban los quirófanos y dependencias anexas, tales como salas de disección y frigoríficos para cadáveres.

Desde aquel saloncito, el director general, míster Noel Goodyear, podía presentarse en cualquier punto de su hospital en breve tiempo.

Una secretaria personal, que distaba mucho de ser la chica rubia, mona y complaciente al uso, se hallaba tras una pesada mesa escritorio que no rompía en absoluto el estilo decorativo del saloncito.

La máquina de escribir eléctrica se hallaba en una mesita baja que desaparecía tras el gran escritorio. Aquella mujer observaba a través de sus gafas de gruesos cristales.

Los dictáfonos estaban metidos dentro de cajas de madera, sólo abiertas frente a ella y tampoco chocaban, de lo cual podía deducirse que el director general era un escrupuloso purista en los estilos decorativos, un hombre cultivado y exigente.

El gran lienzo, sin lugar a dudas, había sido pintado más de un siglo atrás, quizá siglo y medio, y dentro de aquel mismo saloncito que muy poco había cambiado, sólo en la adición de algunos muebles, como la pesada mesa escritorio de la secretaria del director general del Old Hospital.

Ofelia escrutó con atención aquel cuadro que tenía un aire velazquino. En algo, quizá sólo en el grupo de personas, recordaba *Las Meninas.*

En el centro del lienzo, observado por varias personas allí pintadas, estaba el enano de enorme cabeza y manos y pies desmesuradamente grandes.

Aquel enano de mirada estúpida, de cretino, sentado en una butaca de alto respaldo y tapizada en terciopelo rojo, tocaba un violín. A su alrededor, por el suelo, había varios gatos en diferentes posturas. Uno, casi enroscado sobre sí mismo; otro, peleándose con el compañero. Un cuarto semejaba maullar con su rabo muy alto y tieso.

La escena, inmortalizada por los pinceles sutiles e irónicos de un

pintor que tenía más de psicólogo que de mago de la pintura, resultaba un tanto grotesca.

El pequeño lienzo que Ofelia descubriera en el despacho-consulta del doctor Mulberry era una copia de aquel gran cuadro que presidía la estancia, quizá la principal del Old Hospital.

Trataba de sacar conclusiones de lo que estaba viendo cuando se abrió la puerta del despacho.

Junto al joven psiquiatra apareció el director míster Goodyear, un hombre alto, magro y melifluo. Vestía de forma impecable, aunque con un estilo algo pasado. El cuello de su camisa, al igual que los puños, aparecían rabiosamente níveos contrastando con la ropa oscura, casi negra, del traje. Las sienes de aquel hombre ya estaban casi blancas.

—Veamos, señorita... Me ha dicho el doctor Mulberry que se llama Taylor, ¿verdad?

—Así es, Ofelia Taylor.

—Señorita Taylor, soy el director general de este hospital. Sé que no es el mejor del estado y que muchos lo consideran el peor; incluso, se habla de que desaparecerá pronto bajo el empuje de la piqueta... Bueno, no es de eso de lo que debemos tratar ahora. El doctor Mulberry, al que pese a su juventud tengo en gran confianza y estima...

—¿Es un delito ser joven? —preguntó Ofelia abiertamente.

El director sonrió paternal, casi compasivo.

—Por supuesto que no; sin embargo, hay que cargar con unos cuantos años para ver las cosas con mayor objetividad. Pero, por favor, no entremos ahora en polémicas, sé que podría hacerme muchas réplicas y que al final no llegaríamos a ninguna parte...

Ofelia se calló, dejando que míster Goodyear siguiera hablando. Era fácil notar que el director general de aquel hospital estaba acostumbrado a hablar, no a escuchar.

—Este lienzo fue pintado en el mil ochocientos treinta y es fácil suponer que los personajes tuvieran más edad de la que representan en la pintura. Sabido es que los pintores, para poner contentos a quienes les pagan, suelen quitarles años de encima. ¿Fuma?

Sacó su pitillera de oro en la que estaba grabado el juramento hipocrático y tanto Joseph como Ofelia tomaron sendos cigarrillos. Cuando éstos ya humeaban, dejando a la secretaria aparte, como si no existiera, Goodyear prosiguió:

—El enano que toca el violín, a todas luces un personaje singular por lo deforme, pues el pintor lo retrató muy bien, no es otro que William van Reims, el último de los Van Reims, propietario de esta mansión que luego se transformó en hospital.

—¿Y dice usted el año mil ochocientos treinta? —preguntó Ofelia

parpadeante, pues le parecía increíble lo que estaba oyendo.

—Sí. El murió... Bueno, no recuerdo la fecha exacta, habría que buscar los datos en el archivo de nuestra biblioteca, pero, sigamos: Los Van Reims fueron una familia holandesa muy importante que se aposentó aquí, en la ribera del Hudson River, hace más de dos siglos. Por aquel tiempo, trataron de trasplantarse a América viejas costumbres europeas sobre posesiones y señoríos, a todas luces caducos hoy. Los trabajadores eran poco menos que esclavos y los patrones, casi semidiosas. Los Van Reims, para conservar sus posesiones, hicieron varios matrimonios consanguíneos y apareció el cretinismo en la familia. Ese enano, William van Reims, es un claro exponente de lo que sucedió.

—La naturaleza, en muchas ocasiones, es más sabia que los intereses familiares o de clan —comentó el doctor Mulberry—. Pero, por lo visto, no tuvieron en cuenta las primeras advertencias y siguieron con sus enlaces consanguíneos en diversos grados.

—Y la familia se extinguió —puntualizó el director Goodyear—. El padre de William van Reims falleció antes de que éste se desarrollara de niño a adulto, pero intuyendo lo que iba a ocurrir, hizo testamento nombrándole heredero provisional y heredero definitivo, al hijo primogénito que William tuviera cuando se casara. Y si William no tenía hijos que un consejo de personas importantes y especializadas en el testamento, reunidas en consejo, determinara como legítimos, a la muerte de William, la mansión y sus posesiones pasarían a convertirse en hospital benéfico. Como comprenderán, al paso del tiempo, las necesidades de este hospital han obligado a ir vendiendo fas tierras para cubrir gastos, tales como nuevas alas, etcétera.

—¿Y se casó?

—Sí, se casó tres veces, pero no tuvo hijos. Fíjense en el lienzo, el enano cretino es observado por todos mientras toca el violín. . Lo que falta saber es si era capaz de arrancarle notas que tuvieran algo de sentido. William van Reims era poderoso; pese a su aspecto, muchas madres lo codiciaban para sus hijas. Era muy rico, con muchas propiedades.

Joseph Mulberry, que también se estaba enterando de la historia de los Van Reims, preguntó;

—¿Y si él no estaba muy lúcido, quien administraba sus bienes y decidía si podía casarse o no?

El director se encogió ligeramente de hombros.

—Supongo que habría un tutor o varios tutores familiares. Fíjense, es posible que ese monje que viste de negro tuviera parte en esa especie de regencia o consejo de albaceas.

Ofelia clavó la mirada en aquel personaje vestido de negro con la capucha cubriéndole la cabeza y que el pintor había plasmado de

espaldas, sin que se le viera el rostro.

Súbitamente, señalándolo con el dedo, dijo sin paliativos:

—No es un monje, es ella, estoy segura de que es ella.

—¿Ella, quién? —preguntó míster Goodyear.

—La mujer que estaba en los pisos altos y que me ha llevado al horrible desván de las jaulas.

El director miró interrogante al doctor Mulberry. Este, a su vez, preguntó a la muchacha:

—¿Cómo puedes estar tan segura, si no se le ve el rostro?

—La túnica era la misma, y ella era alta y delgada, como se ve en la pintura.

—Señorita Taylor, creo que debe poner toda su confianza en el doctor Mulberry y asistir regularmente a su consulta. En poco tiempo, verá como esas pesadillas...

—Me dice que estoy loca, ¿verdad?

—No, por favor, esa palabra no se pronuncia en este hospital ni en ningún otro que se precie.

—Póngale el nombre que quiera, es lo mismo. Yo he visto al enano ese y a la mujer que viste túnica con capucha. Los he visto con mis propios ojos y son horribles.

—Doctor Mulberry, ¿es necesario que repitamos a la señorita de cuándo data ese lienzo?

—No, no es necesario.

—Bien, debido al marcado interés que ha demostrado por ella, he atendido sus preguntas y les he contado lo poco que sé de la historia de los Van Reims, a quienes debemos el nacimiento del Old Hospital. Hay que pensar en ellos como unos bienhechores de la Humanidad, aunque para ellos mismos no supieran hacer bien las cosas. Ahora, si me disculpan, tengo que ir a pronunciar una conferencia en...

Como no recordando dónde debía dar la conferencia, se dirigió hacia su secretaria, apartándose de la pareja.

—Tú tampoco me crees, ¿verdad? —dijo Ofelia.

—¿No conocías esta historia?

—Claro que no.

—Pues resulta extraño que los hayas reconocido, por lo menos al enano. Creo que los parapsicólogos se frotarían las manos si les contáramos lo sucedido, aunque casi despreciativamente alegarían que eso no es insólito.

—¿Los parapsicólogos creen en fantasmas?

—Por supuesto que no, pero podrían decir que tienes clarividencia o cualquier otro poder del subconsciente, como una puerta abierta al consciente. En fin, algo complicado.

—¿Y tú crees en los parapsicólogos?

—Si no son de circo ni amantes de hacerse autopublicidad, si.

—Joseph, ¿por qué no me das una prueba de confianza? —preguntó ansiosa.

—¿Es que no te la estoy dando? ¿Supones que es fácil obtener la atención del director?

—Te pido algo más.

—¿Si?

—Se trata de ir arriba, para que veas por ti mismo lo que yo he contemplado con mis propios ojos.

—¿A esa mujer de la túnica negra, al enano y las jaulas que dices cuelgan del techo con restos humanos dentro de ellas?

—Sí.

—De acuerdo, pero si no encontramos nada, has de prometerme que te pondrás en tratamiento. Buscaremos cuáles son tus problemas.

—No sigas, primero miraremos arriba.

—Adelante, pues.

Se alejaron sin decirle nada más al director míster Noel Goodyear, que seguía hablando con su secretoria privada.

CAPITULO VI

Caía la tarde y estaba cansada, muy cansada. Temía que ese cansancio se trasluciera en sus ojos, a cuestas con aquellas desagradables experiencias sufridas, unas experiencias que habían transtornado su vida en pocas horas.

No había acudido a los lugares de estudio y se había pasado todo el tiempo en la hemeroteca pública de Nueva York, leyendo y releyendo las antiguas ediciones de la *Gazzette,* el primer periódico de Nueva York, cuando la ciudad no sonaba siquiera que se convertiría en aquel monstruo de cemento que ahora era.

Había tenido que ayudarse con un diccionario de holandés para traducir muchas de las palabras con que se había topado en su hurgar en el pasado.

Había descubierto datos y hechos que la habían impresionado y desconcertado, datos y hechos que tendría dificultad en digerir y que había anotado cuidadosamente en un bloc que pondría en manos del joven psiquiatra para que le diera algunas explicaciones.

Fue directa al ventanal y miró hacia abajo.

La noche había caído, pero como no había niebla, podía ver perfectamente las luces del Old Hospital. Aquel siniestro edificio parecía despedir una poderosa fuerza que jalaba de ella, una fuerza contra la que Ofelia Taylor luchaba desesperadamente, pues sabía que era maligna.

No había querido ver la cara de Joseph Mulberry tras buscar y buscar por los pisos altos sin conseguir localizar la pequeña salita que tenía una escalera de caracol ascendente; la maldita escalera que conducía al macabro y siniestro desván no había aparecido, ni siquiera buscando por la fachada exterior del edificio.

Joseph Mulberry le había dicho que el Old Hospital poseía media docena de escaleras de emergencia contra incendios.

Buscando al misterioso y deforme enano, se había percatado de lo grande que era el Old Hospital. Cualquier persona se podía perder allí dentro, entre tantos pasillos, salas y habitaciones.

Había visto a muchos pacientes, enfermeros, enfermeras, médicos, pero por ninguna parte la figura alta y huesuda de la mujer de la túnica negra con su capucha a la espalda y que en el lienzo ocultaba su rostro.

Se había sentido como estúpida tras aquel fracaso con el que había deseado imponer la verdad que ahora quedaba sólo en «su verdad». Había prometido al joven doctor Mulberry que volvería a su consulta, para contarle más cosas y que él hurgara en los problemas de su mente.

Ofelia se negaba a admitir que estaba loca. No comprendía bien lo que había sucedido, pero estaba segura de que todo aquello no era fruto de su mente perturbada. Aquello era real, mas no había logrado demostrarlo.

Cerró las cortinas y se negó a seguir mirando hacia el Old Hospital que quedaba bajo ella, pues volvía a estar en su celda del piso treinta y dos del Riverdale Building, al noroeste del Bronx, en Nueva York.

Tuvo necesidad de fumar un cigarrillo. Sobre la mesa del saloncito había un paquete de tabaco y un encendedor. Se llevó uno de los pitillos a la boca y cuando le prendió fuego con el mechero, se quedó mirando éste. Frunció el ceño.

Aquél no era el mechero de la mesita, era su encendedor de bolso, el que ella solía llevar consigo. No era ningún modelo extraordinario, pero Ofelia lo conocía muy bien, lo identificaba como suyo.

Recordó entonces que lo había perdido en su huida del macabro desván de las jaulas de acero con mujeres condenadas a una muerte horrenda. Estaba segura de haberlo perdido; sin embargo, ¿cómo estaba allí, cómo había regresado a su apartamento?

Expulsó una bocanada de humo y comenzó a oír una música en tono débil de volumen. Era una pieza de solo de violín.

Se oprimió las sienes como queriendo estrujar su cráneo y sacar de su interior aquella música que no terminaba de gustarle; pero la música, como era lógico, seguía sonando.

Se volvió hacia el tocadiscos y lo observó con fijeza. Estaba en marcha y ella no lo había conectado, es más, recordaba haberlo dejado estropeado, quemado y sin funcionar, aunque cabía la posibilidad de que el servicio técnico del edificio de apartamentos se hubiera ocupado de repararlo. En realidad, el mobiliario, incluida la televisión y el tocadiscos, pertenecía al edificio y ella lo disfrutaba en régimen de alquiler.

Estaba colocado un single que giraba y giraba sin que pudiera leer su sello mientras sonaba aquel violín en una especie de danza de acordes siniestros.

Alzó la mano para detener el tocadiscos cuando, montada sobre el solo de violín, comenzó a escucharse una risa, una risa que adquirió potencia, tomándose obsesiva, una risa que Ofelia ya conocía bien.

Se asustó, echándose hacia atrás. De nuevo aquella risa, que no le cabía duda era la del enano, la acosaba... Quitándose el cigarrillo de la boca, se oprimió las sienes con las palmas de sus manos.

—¡No, no, no!

De pronto, sonó la chicharra de la puerta de su apartamento. Como sintiéndose salvada, corrió hacia ella, pero antes de abrir, se detuvo. Echó su mano hacia atrás como si la manecilla la hubiera quemado.

Sintió el temor de quedar enfrentada a algo horrible si abría la

puerta; pero atrás, en el tocadiscos, seguía sonando la maldita risa del enano.

La chicharra de llamada volvió a sonar dos veces consecutivas y a Ofelia le pareció que un ser espectral no llamaba dos veces ni de aquella forma. Parecía absurdo buscar una lógica a lo que le sucedía, pero dejándose guiar por su instinto, abrió la puerta súbitamente, casi con violencia.

Abrió la puerta tan bruscamente que ella misma produjo una ráfaga de aire más frío que el que tenía en su apartamento y que le golpeó en el rostro.

Había temido encontrarse con algo extraño y se rio ante una joven rubia como ella, portando una maleta en una de sus manos y una gabardina cruzada sobre la maleta.

Aquella chica le sonrió abiertamente. Parecía jovial y era joven como ella. Ofelia se la quedó mirando mientras la rubia entraba en el apartamento.

—Uau, chica, qué bien tienes esto. Ha sido una suerte encontrarte, creo que seremos muy buenas amigas.

La risa ya no se oía, el violín tampoco y desde la puerta, Ofelia Taylor se la quedó mirando desconcertada. No entendía la actitud de la recién llegada; ella no la conocía y tampoco esperaba a nadie.

—¿Quién, quién es usted?

—¿Yo? —Soltó una risa franca—. Vamos, cierra la puerta. Este apartamento me parece bien, si no me atornillas demasiado.

—No sé de qué me habla.

—¿Pues, de que te voy a hablar? De tu anuncio.

—¿Qué anuncio?

—Pues, ese de que admites una compañera en tu apartamento. Eres estudiante y yo también lo soy, enfermera, estudio especialización. —Soltó la maleta y giró sobre sus talones, observando en derredor—. Me gusta, me gusta. Seremos buenas amigas, ya verás.

—Es que yo no rento parte de mi apartamento.

—¿Ah, no? —exclamó defraudada.

Ofelia Taylor vaciló. Miró el tocadiscos y luego a la recién llegada. Como si acabara de tomar una decisión, cerró la puerta.

—Está bien. La habitación es para mí, pero el sofá se convierte en cama. Si te arreglas...

La recién llegada se dejó caer sentada sobre el sofá, botando en él contenta.

—Me parece mullido, creo que estaré bien aquí. La verdad, chica, a mí no me gusta vivir sola. Ya sé que eso para una enfermera no está bien, pero tampoco pienso dedicarme a cuidar viejas en caserones siniestros, prefiero estar acompañada. Oye, ¿te hacen sesenta dólares? No te voy a pagar más —le advirtió poniéndose un poco seria—. Como

me estoy especializando, todavía no gano mucho.

—De acuerdo, sesenta dólares. A mí tampoco me gusta estar sola.

—¡Magnífico! —saltó la recién llegada, tomando con aquella exclamación lugar en el apartamento.

—¿Cómo te llamas?

—¿Yo? Ofelia.

Ofelia Taylor parpadeó.

—¿Ofelia, has dicho?

—Sí, Ofelia Román. Tú también te llamas Ofelia, ¿verdad?

—¿Lo sabías?

—Claro, lo ponía el anuncio y luego lo he leído en tu buzón y también me lo ha dicho el conserje. Al ver el anuncio he pensado que la oferta sería para mí, somos un poquito hermanas. Hasta nos parecemos físicamente, ¿no es cierto?

—Tengo que admitir que sí. ¿Cómo nos llamaremos?

—¿Hay alguien más por aquí?

—No.

—¿Viene algún chico a buscarte?

—No.

—Entonces, yo te llamo Ofelia a ti y tú Ofelia a mí… Será un poco raro, pero no habrá confusión alguna. Uau, qué tocadiscos más fetén. —Sacó el single del plato y lo leyó—: *La Streghe,* danza de las brujas de Nicolás Paganini. ¿Es bueno esto?

—¿Bueno? A mí me produce escalofríos.

—Entonces, ¿por qué lo has comprado?

—Ha sido un regalo.

—¿Tienes un moscón melómano?

Ofelia Taylor recordó entonces el lienzo en que aparecía el extraño enano tocando un violín.

—Sí, creo que es melómano, pero nada me gustaría más que tenerlo en las antípodas.

—¿Pegajoso?

—Prefiero no hablar de él. Me gustaría que me dejaras ver el anuncio en que yo he publicado la oferta de hospedaje en mi apartamento.

—Sí, claro.

La muchacha recién llegada miró por encima de su maleta y más compungida de lo que debería estar en realidad, exclamó:

—Vaya, lo he perdido.

—Bueno, no tiene importancia. ¿Qué periódico era?

—Un vespertino de la ciudad, ahora no recuerdo cuál. Te parecerá extraño, pero hace muy poco que me he apeado en la estación central de autobuses. He metido un níquel en el automático y he sacado un periódico. He buscado rápidamente los anuncios económicos y tras

tomar un taxi para que no se me adelantara nadie, aquí estoy. Además, me va fetén.

—¿El qué?

—Pues, el lugar, así no tendré que tomar el autobús ni uno de esos horribles metros. Me han contado que los policías se meten en el metro con perros y todo porque está lleno de asesinos y estupradores. Me da un miedo horrible que me atrape una de esas pandillas de negros y... Bueno, ¿cómo te va a ti en Nueva York? Podrás darme algunas lecciones, yo vengo de una ciudad pequeña.

—Yo también soy nueva, aquí.

Tomó el disco en su mano y lo golpeó contra el canto de un mueble, pero el disco no se rompió. La recién llegada se echó a reír.

—No vas a librarte tan fácilmente de ese moscón. Este disco es de los blandos, no se rompen.

Molesta, Ofelia Taylor arrojó el disco haciéndolo girar sobre sí mismo. El single voló con gran velocidad en dirección a la ventana, hacia uno de los cristales que aún no había cubierto con la cortina.

Ambas esperaban que el disco rebotara contra el grueso cristal, pero sucedió algo insólito, sorprendente: El disco de Paganini salió volando fuera del edificio y lo curioso es que al cristal no le había sucedido nada.

—Uau, ¿cómo has hecho ese truco tan bueno?

Ofelia Taylor quedó sorprendida; sólo pudo balbucir:

—Es que me estoy volviendo un poco bruja, o quizá sólo un poco loca.

—Si es eso, no temas. Yo vengo a especializarme en psiquiatría aquí abajo, en el Old Hospital. —Fue hasta el gran ventanal; separó las cortinas y gritó casi como una niña—: ¡Mira, está ahí abajo!

Ofelia se había desplomado sobre el sofá, agotada. ¿La recién llegada era real o seguía siendo fruto de una horrible pesadilla?

CAPITULO VII

—¡Ofelia, Ofelia, no corras, no corras! ¿Dónde estás, dónde estás? —llamaba con cierta precaución el hombre joven, rubio y alto, de claros ojos azules.

Entre los jardines de la rica mansión, buscaba a la hermosa y joven señora de la casa, esposa de William van Reims.

—¡Joseph, Joseph, cucú, cucú! —la voz femenina rió, provocativa y descaradamente.

El hombre, vistiendo un elegante traje de caballero de principios del mil ochocientos, miró a un lado y a otro como cazador que busca atentamente la posición de su presa dentro del vasto y lujurioso jardín de los Van Reims.

Hacía frío en aquella tarde otoñal. El suelo del parque estaba cubierto de abundante hojarasca seca y marrón, un follaje que en primavera fuera verde y ahora yacía cubriendo una tierra húmeda por las lluvias pródigas allí, en la ribera del Hudson River, donde prácticamente comenzaba Nueva York, aquella tierra que los conquistadores habían comprado a los indios por veinticuatro dólares el 6 de mayo de 1626.

—¡Ofelia, Ofelia, sal, me van a oír!

—Tonto, a ver si me coges. —Y volvió a reír.

Joseph corrió entre las plantas. Ofelia, acurrucada entre unos setos de cedros recortados, aguardó tensa, a punto de volver a reír, pero no quería ser descubierta. Escuchó un ruido a sus espaldas y, despacio, avanzó en dirección contraria cuando casi se dio de bruces con su perseguidor.

—¡Oh, me has engañado? —protestó.

—¡Soy el monstruo que ha atrapado a la linda mariposa en que estaba convertida la princesa y te voy a devorar!

Rodeó a la joven con sus fuertes brazos y la estrechó contra sí, buscando con su boca los labios femeninos que le rehuyeron, más en un juego que con un deseo de escapar. Al fin, se encontraron y hubo una violencia casi salvaje en la caricia.

—¡Me haces daño! —protestó como pudo, jadeante, semicerrándosele los ojos.

Pero el hombre volvió a besarla, mientras sus manos eran hábiles en las caricias. De pronto, ella se apartó.

—No, no, Joseph, no.

—Vamos, Ofelia, vamos. Tú no eres feliz con él y lo vas a ser conmigo.

—No, Joseph, aquí no quiero.

—¿Temes que nos descubran?

—Hace frío, Joseph.

—Yo encontraré algún lugar discreto donde podamos entrevistamos sin que nos interrumpan.

—No, Joseph. Ven conmigo y te daré una sorpresa, te haré el más feliz de los hombres. Ven… —Le cogió de la mano, jalando de él.

—¿Adónde me llevas?

—Ven.

—Pero, ¿adónde?

—¡Tonto! —rió ella, arrastrándolo consigo.

Caminaron rápidamente por el parque, haciendo crujir las hojas secas bajo sus pies. De pronto, el hombre se detuvo y miró hacia su derecha.

—Eso es el cementerio de los Van Reims.

—Sí, ahí me sepultarán cuando muera y también a William.

—No me gusta que un cementerio esté tan pegado a la casa.

—¿Supersticioso?

—No, supersticioso, no, pero comentan que la hermana de tu William es una bruja.

—Se marchó volando sobre su escoba. Yo soy la dueña y señora de todo, esa bruja no está ya por aquí, se fue antes de que la quemaran. ¿Te imaginas, Joseph?

Una gran hoguera y ella encima asándose… —Y volvió a reírse.

—No me gustan esas cosas. ¿Es cierto que esa mujer tenía poderes maléficos?

—¡Joseph! —exclamó, mirándole entre sorprendida y divertida—. No creerás de verdad en las brujas, ¿eh?

—No creo en las brujas, pero tampoco me gusta jugar con según qué cosas. ¿Por qué desapareció la hermana de William?

Ofelia se encogió de hombros.

—Ya te lo he dicho, se marchó antes de que la quemaran viva. Mucha gente creía que era una bruja.

—Esas son cosas del siglo pasado, todos nos hemos olvidado de lo ocurrido en Salem.

—En realidad, Rommy ha estado siempre amargada porque su padre no la consideró nunca como hija auténtica y legó la herencia a William. Así, amargada, se fue convirtiendo en un personaje siniestro. Creo que tenía su antro por los sótanos de la casa. Un día, desapareció y no volvimos a verla. William, ese estúpido enano, lloró y lloró como un condenado. Yo le dije que me tenía a mí, a su querida esposa.

—¿Y no te repugna ser su esposa?

—Te confieso que al principio me producía espanto pensar que podía acercárseme por la noche, pero luego…

—¿Qué?

—Lo encerré cada noche en su habitación. Al principio, aporreaba la puerta pero aprendió que pasarse demasiadas horas desgañitándose

no conducía a ninguna parte y se acostumbró a su situación.

—Y el consejo de albaceas, ¿qué dice?

—Estúpidos viejos… Ellos dicen que ha de haber un fruto, un hijo de nuestro matrimonio.

—¿Y no viene?

—¿Cómo va a venir, con semejante monstruo por marido?

—Entonces…

Ella apartó la mirada del pequeño cementerio cubierto de lápidas oscurecidas por la humedad y rodeadas de frondosa hierba.

—No puedo defraudarles, Joseph, no puedo. Tendría que entregar toda la herencia, a la muerte de William, a no sé qué obra benéfica y me quedaría sin un centavo. William se puede morir en cualquier momento y yo debo tener un hijo antes de que él reviente.

—¿Qué estás insinuando?

—Me exigen un hijo, Joseph, un hijo… Luego —se encogió de hombros— William se puede caer al Hudson River. El heredero será mi hijo, nuestro hijo, y yo, la señora de la casa como madre.

—Ofelia…

—Anda, no seas idiota y ven conmigo, apartémonos de este maldito cementerio. Cuando sea el ama, lo haré arrasar, no quedará nada aquí, nada. Todos los Van Reims se irán al infierno, sí, todos, porque mi hijo no será un Van Reims aunque su nombre lo proclame así.

Joseph se dejó llevar por la joven Ofelia, empujada por su familia a una boda no deseada. Ahora actuaba por su cuenta, despegada de la familia que había buscado en aquella deplorable unión una sabrosa y sustanciosa herencia.

Entraron en la mansión por una puerta de servicio.

Ofelia le condujo por unos pasadizos hasta una escalera de caracol por la que ascendieron, iluminados por una vela.

Ya arriba, tras empujar un resorte y por una puerta camuflada junto a una chimenea, entraron en una alcoba grande, hermosa pero algo oscura. Estaba iluminada por las llamas del hogar donde los troncos ardían ahuyentando el frío y la humedad.

—¡Hum, una alcoba muy lujosa! ¿Es la tuya?

—¡Pthss…! Por favor, estate aquí, en la alcoba, ahora vuelvo.

—¿Adónde vas?

—Tengo una sorpresa.

—¿Qué clase de sorpresa?

Ella, riéndose un poco, replicó:

—Si te lo dijera ya no sería sorpresa, tonto.

Joseph se había sentido atraído por la belleza de Ofelia y también por la aventura que significaba hacerle la corte, pero la situación se complicaba un poco.

Estaba muy lejos de ser un cobarde, pero había algo allí que no le gustaba. Ya no podía echarse atrás, aunque se sentía como atrapado en aquella gran alcoba que pertenecía a Ofelia y que olía a perfume de jazmín y a leña quemada.

Ofelia, prácticamente, se le había escapado. Ahora estaba solo en aquella habitación. Miró la cama; era sugestiva y mullida. Se acercó a ella y la probó con su mano.

Hacía calor allí. Se quitó el sombrero y la levita, dejando ambas prendas sobre una butaca. Hubiera deseado beber un trago de whisky o ron, pero no sabía dónde encontrar licor.

Todo habría sido diferente si en el jardín, pese al frío y la humedad, se hubiera dejado llevar por la pasión del amor y la juventud. Hubiera estado mal, pero habría sido lógico en cierto modo. Una mujer como Ofelia, pletórica de juventud, belleza y vida, no podía conformarse con la compañía del enano William van Reims.

Escuchó un rumor que se fue acercando, un rumor que se detuvo ante la puerta.

Esta se abrió y sobre un carrito con ruedas, apareció una gran jaula de acero. Dentro, como horrible imagen, estaba el enano William, agarrado a los barrotes, bamboleando su cabeza y protestando.

—¡Sácame de aquí, Ofelia, sácame, se lo diré a Rommy, se lo diré a Rommy!

—¡Calla, estúpido enano!

Ofelia empujó el carrito sobre el que estaba la jaula con su marido hasta el centro de la alcoba.

—Ofelia, ¿qué estás haciendo? —le preguntó Joseph pálido, sin dar crédito a lo que estaba presenciando.

—Te he dicho que iba a darte una sorpresa, Joseph, una verdadera sorpresa, con jaula y todo…

Ofelia se rió abiertamente y su carcajada fue larga, muy larga. Debió introducirse hasta entre los resquicios de las piedras de la mansión Van Reims.

—Ofelia, si lo que te estás proponiendo es lo que supongo, es horrible.

—¿Horrible, por qué? Más horrible ha sido aceptarlo a él. Es estúpido, Joseph, estúpido, ¿es que no lo ves? —Y señalaba a la jaula donde permanecía encerrado William.

—Aunque sea estúpido como aseguras, te estás pasando.

—¡Rommy, Rommy, sácame de aquí! —gritaba el enano con voz muy gruesa.

—¡Cállate, estúpido cretino! Tu hermana no vendrá jamás por aquí.

Ofelia cerró la puerta, aislándose del resto de la mansión para no ser molestados.

—Ofelia, yo me voy.

—¿Qué dices, Joseph?

—Esto es muy desagradable.

—Tonto, no nos va a molestar y será más divertido, ya verás. Pero, todavía no está completo el cuadro…

Fue hacia una mesa donde había un violín con su arco, lo tomó y corrió junto a la jaula, pasándoselo entre los barrotes.

—Anda, estúpido, no chilles más y toca, toca para nosotros. Necesitamos música y tú sabes tocar el violín. Toca, toca…

Dentro de su jaula, el enano, el último de los Van Reims, se olvidó de gritar, de que estaba encerrado, y comenzó a tocar el violín, una pieza de Paganini. Era la danza de las brujas que alguien le había enseñado.

—Parece mentira, ¿verdad, Joseph? Es estúpido y sabe tocar el violín. ¿Tú sabes tocar el violín?

—Yo me marcho, no me gusta esto.

Ofelia corrió atajándole en su camino y se abrazó a él.

—Joseph, Joseph, ¿no sabes aceptar una broma? Fíjate, tenemos música y todo. Anda, bésame.

—No.

—¡Sí!

—No.

Fue ella quien le besó apasionadamente. Llenándolo todo, sonaba la música que el enano arrancaba de su violín.

De súbito, otro sonido se pudo escuchar con claridad. Eran gruesas gotas de agua que golpeaban los cristales de la ventana. Se había hecho de noche y una inesperada tormenta envolvió la mansión de los Van Reims.

—¿Qué pasa? —preguntó Joseph.

—Llueve, tonto, llueve.

Luego, un relámpago y el trueno en el mismo instante.

Como si la mansión hubiera sido bombardeada por los cañones napoleónicos, se estremeció hasta los cimientos. Como a impulsos de un poder diabólico, las aldabas de las ventanas saltaron y se abrieron de par en par mientras, al golpear contra las paredes, los cristales saltaban hechos pedazos con gran estruendo.

—¡Rommy, Rommy, sácame de la jaula, Rommy! —gritó el enano soltando el violín para agarrarse a los barrotes de su jaula.

La comenzó a sacudir con fuerza, de tal modo que la jaula se balanceó sobre el carrito de ruedas y éste se movió en dirección a ellos.

—¡Nooo, noooo! —gritó Ofelia—. ¡Nooo!

Y todo comenzó a volverse oscuro a su alrededor.

CAPITULO VIII

—¡Despierta, despierta! —le pidió una voz.

Ofelia Taylor, jadeante, abrió los ojos. Vio un rostro joven, orlado de cabello rubio parecido al suyo.

—¿Ofelia?

—Sí, Ofelia, las dos somos Ofelias. Esto no se le hubiera ocurrido a Shakespeare; él sólo puso una Ofelia en su *Hamlet,* lo malo es que la volvió loca.

—¿Loca? —gimió—. ¿Qué me pasa, Dios mío, qué me pasa?

Se percató de que estaba en el sofá, cubierta por una manta y empapada en sudor.

—Parecías muy cansada y te has quedado dormida en el sofá. Te he tapado con una manta y me he ido a tu habitación. Disculpa, chica, pero como te has quedado *groggy* en el sofá, me he ido a tu cama.

—Eso no importa, pero...

—No hay peros. Has debido de tener una desagradable pesadilla en la que estabas sufriendo.

—Sí, una pesadilla, eso ha sido, nada real.

—¿Me la puedes contar o no es apta? —preguntó burlona Ofelia Román.

—He tenido una pesadilla horrible.

—Si es tan horrible, podrías contársela a una psicólogo o a un psiquiatra. Nunca se sabe qué problemas pueden estar ocultos en nuestro subconsciente.

—Tienes razón. ¿Podrías prepararme algo?

—¿Algo como qué? ¿Tienes hierbas para una infusión?

—¿Hierbas? No, café, hay café.

—O.K., café fetén para la chica con pesadillas. ¿Era muy feo el monstruo?

—¿Qué monstruo?

—¿Cuál va a ser? El de la pesadilla. Siempre que se pasa mal, es que un monstruo nos persigue.

Ofelia Taylor no respondió. Buscó en la guía telefónica su propio edificio de apartamentos y luego, por nombres, un teléfono que al final encontró. Discó los guarismos y aguardó a que sonara el timbre al otro lado del hilo.

—¿Diga? —interpeló una voz varonil, algo somnolienta.

—¿Joseph?

—Tú eres Ofelia. ¿Ocurre algo?—Ella quedó callada, pensativa, y él insistió—: Ofelia, ¿te ocurre algo? Dímelo.

—Pues, creo que ha sido una tontería llamarte, es muy tarde. Debías de estar durmiendo.

—Aguarda, Ofelia, no cuelgues. ¿Quieres que suba? Sólo estoy tres plantas debajo de ti.

Ofelia miró a su compañera de apartamento y denegó con la cabeza, sin pensar que el hombre no podía verla. Al mismo tiempo dijo:

—No, no subas.

—¿Por qué? Te noto algo extraña, ¿seguro que no te iría bien hablarme?

—Sí, tienes razón, pero si no te importa, prefiero bajar yo a tu apartamento.

—Como quieras. Si has tenido un problema, es mejor que me lo cuentes ahora que está fresco en tu mente. Cuando las horas pasan, muchos problemas se olvidan y si en la mayoría de los casos ésa es la mejor cura, en el tuyo es posible que no sea así.

—Dentro de unos minutos, estoy contigo. Por favor, no interpretes mal esta visita nocturna.

—Qué tontería, ¿por qué iba a interpretarla mal? Tú eres mi paciente con urgencia de tratamiento y yo soy el «doc», sólo eso.

Por un momento, Ofelia lamentó que la situación fuera aquélla. Hubiese preferido conocer a Joseph Mulberry en otras circunstancias más gratas para ella. Le gustaba, se sentía atraída por él; sin embargo, el destino había querido que las cosas no fueran todo lo agradables que sería de desear. Colgó el teléfono.

—¿Problemas? —preguntó Ofelia Román.

—Voy a hacer una visita.

—¿Un amiguito?

—Es mi médico.

—¿Lo tienes cerca?

—Tres pisos más abajo.

—¡Eso sí es una suerte! —exclamó Ofelia Román—. Dile que si necesita una enfermera, cuente conmigo.

Ofelia Taylor prefirió no decirle nada, y mucho menos que Joseph Mulberry era uno de los doctores del Old Hospital y especializado en psiquiatría.

No se puso nada por encima. El edificio estaba climatizado, aunque en la escalera y corredores hubiera un desnivel de algunos grados, pocos, con el interior de los apartamentos. No iba ni a salir a la calle.

Llamó al ascensor y cuando la doble puerta corredera se abrió automáticamente ante ella. Ofelia la miró con reparo.

Tuvo un presentimiento con respecto al ascensor, un presentimiento que nunca antes había sentido. Vio la cabina como una jaula, tapizada y muy bonita, pero una jaula que subía y bajaba dentro de un foso, accionada por un motor y jalada por cables de acero.

Después de la pesadilla, las jaulas la inquietaban y mucho; por ello,

se echó hacia atrás y buscando la escalera, descendió a pie los peldaños. Lo hizo rápidamente y al llegar al rellano del piso veintinueve, se encontró a Joseph Mulberry enfundado en una bata granate oscuro y aguardando ante la puerta del ascensor.

—¿Qué pasa? Creí que ibas a bajar en el ascensor.

—He preferido hacerlo a pie, así me despejo un poco —se excusó Ofelia, como si tuviera la obligación de hacerlo.

—Pasa. ¿Sabías que tenemos el mismo tipo de apartamento? Tú encima de mí, pero son iguales.

—Sí, ya veo. Un apartamento algo más caro que los otros, pero dándole el sol cuando lo hay y con una magnífica vista al Hudson River. La verdad es que me gustaba.

Mulberry cerró la puerta, aislándose en el piso.

—¿Te gustaba?

—Es que teniendo el Old Hospital abajo...

—Ya.

Mulberry fue hacia los ventanales y corrió las cortinas.

—Toma asiento en el sofá, relájate —le pidió el hombre con mucha suavidad mientras colocaba una lámpara adecuadamente, de modo que iluminaba la estancia de forma indirecta, pues la luz iba hacia la moqueta que cubría el suelo.

Fue a buscar un bloc y luego, tomó asiento cerca de la cabeza de Ofelia que se había tendido en el sofá como hiciera en el diván del hospital.

—Vas a contarme una pesadilla, ¿verdad?

—Sí.

—Pues, adelante. Quizá en ella haya algo que nos permita saber más de cuanto te preocupa.

—Antes quiero decirte que he averiguado algunas cosas.

—¿Sobre qué?

—Sobre Van Reims, ese horrible enano y su familia.

—¿Sí?

—He estado en la hemeroteca pública. Los Van Reims fueron importantes en su tiempo.

—Lo supongo. Los holandeses que se establecieron en la ribera del Hudson e hicieron fortuna, fueron luego muy importantes.

—El enano, ese horrible enano de la pintura que toca el violín, se casó tres veces.

—¿Crees que eso es importante? —le preguntó afable, sin sarcasmo.

—Sí.

—¿Por qué?

—Las dos primeras mujeres murieron violentamente.

—¿Tuvo el enano algo que ver?

—Dicen las crónicas que acudió muy compungido a los entierros. A una la encontraron flotando en el Hudson, trabada en unos ramajes de la orilla.

—¿Y la otra?

—Salió a pascar a caballo y algún desconocido le disparó una bala que acabó con ella. No se encontró jamás al asesino.

—No es raro que unas mujeres mueran violentamente. Hoy en día, en Nueva York, también es fácil morir violentamente.

—La tercera desapareció, jamás se supo de ella.

—¿Y terminaron los matrimonios de William van Reims?

—Sí, porque él apareció ahorcado.

—Fin de una historia tremebunda. Por lo visto, los Van Reims no fueron unos seres felices.

—La muerte de William fue el final de la familia. Luego, el consejo de albaceas entregó la mansión con las demás posesiones a la beneficencia, para ser convertida en hospital.

—Entonces, hemos de pensar que lo mejor que hicieron los Van Reims fue morirse. Mucha gente sin fortuna ha sido tratada y curada en el Old Hospital.

—Imagino que también muchos han muerto dentro de ese siniestro hospital que parece haber sido cimentado con el horror.

—La muerte, dentro de un hospital, es lógica. También nace la vida en un hospital.

—No me gustan los hospitales.

—A mucha gente no le agradan, pero cumplen una función necesaria e indispensable. Quizá el viejo Old Hospital no tiene el mejor aspecto para inspirar tranquilidad, pero mientras no haya un edificio mejor y algo más de dinero, habrá que aguantarse. Además, hay que contar que los que entran en el hospital, lo mismo que sus familiares, esperan curarse y los médicos no somos dioses.

—Creo que muchos entran con poca cosa y salen muertos —objetó Ofelia, pesimista.

—Eso puede ser cierto en algunas ocasiones, siempre suceden cosas inexplicables. También otros entran desahuciados, casi encargado su ataúd, y salen andando por su propio pie, lo uno va por lo otro, aunque comprendo a los enfermos que temen quedar internados dentro de un hospital.

—Yo siempre he tenido pánico a que me encierren en un hospital y más ahora, después de ver las celdas para locos de Old Hospital.

—No temas, nadie te va a encerrar en ninguna parte —le dijo Joseph Mulberry, que era psiquiatra, pero ¡carecía del don de la precognición y se iba a equivocar, , pues una mente oscura y retorcida tenía otros planes para Ofelia Taylor.

—Anda, cuéntame lo que has soñado. Si seguimos divagando sobre

las instituciones hospitalarias, se nos hará de día y no llegaremos a ninguna conclusión.

—Tienes razón, estoy muy impresionada por todo lo que me ocurre. Me rebelo y me niego a creer que todo esté en mi mente, que nada de lo que ocurre sea real. Acabo de sufrir una desagradable pesadilla que creo tenía hasta los olores. Era como vivir una realidad clara y diáfana, pero yo estaba en la primera mitad del siglo pasado y era otra Ofelia, porque la mujer del enano Van Reims se llamaba Ofelia. Yo era una mujer perversa, malvada y el enano, mi víctima.

—Explícalo todo con el máximo de detalle. Veremos si logramos descifrar el sueño.

—Yo era Ofelia, pero no la que soy ahora. Estaba en los jardines con un hombre y...

Contó lo mejor que pudo su extraño sueño, aquella pesadilla que había tenido en el sofá donde se había dormido súbita y sorpresivamente.

Joseph Mulberry dejó de tomar notas. Todo aquello le parecía fantástico y lo grotesco se amalgamaba con lo patético. Cualquier colega suyo habría puesto a Ofelia inmediatamente en tratamiento, pero él presentía que aquel asunto del enano Van Reims escapaba a las leyes naturales.

Allí había algo sobrenatural, algo que no se podía tratar en psiquiatría.

Cuando Ofelia Taylor concluyó su minucioso relato, preguntó:

—¿Qué explicación le das tú a todo esto?

—¿Yo?

—Sí, tu opinión es la que me interesa.

—Pues, que William van Reims no está muerto, que sigue vivo como un espectro del Old Hospital. Admite que eso es absurdo, Ofelia. No puede estar vivo si hace más de siglo y medio que murió.

—Todo lo absurdo que quieras, pero has preguntado mi opinión y yo te la he dado.

—Tienes razón, pero comprenderás que siendo yo un médico no puedo dar crédito a la supervivencia de un ser que hace siglo y medio que murió.

—Hay cosas inexplicables, tú lo has admitido, y esas cosas ocurren dentro de un hospital.

—De todos modos, es algo que no se puede demostrar —dijo Joseph encogiéndose de hombros.

—Yo creo que sí se puede demostrar.

—¿Cómo?

—Buscando la tumba de William van Reims y desenterrándolo.

—¿Quéeeee?

—Que hay que abrir la tumba de ese grotesco ser.

Joseph miró a la muchacha como si la mente de esta se hubiera agravado, suponiendo que realmente fuera una psicópata potencial.

—Eso es imposible.

—¿Por qué?

—Porque será del todo imposible encontrar la tumba de William van Reims. El Nueva York actual no es la Nueva Amsterdam del pasado, por decirlo de alguna manera.

—Yo he visto ese cementerio en el que ha de estar la tumba.

Joseph parpadeó incrédulo. Seguía sentado en la butaca, ligeramente detrás de donde reposaba la cabeza de Ofelia que se hallaba tendida en el sofá.

—¿Dónde?

—En mi sueño.

—Es que el Old Hospital ha cambiado mucho desde que se fundó.

—El cementerio está en alguna parte. Si los Van Reims cedieron su mansión y posesiones anexas como obra benéfica, habrán respetado el cementerio y ese cementerio estará en alguna parte.

—Eso tiene lógica, pero me parece imposible encontrarlo.

—Lo que sucede es que te da miedo buscarlo.

—Miedo, ¿por qué habría de darme miedo?

—Quizá porque temas constatar que William van Reims, el último de los Van Reims, no murió.

El joven doctor Mulberry quedó muy preocupado.

CAPITULO IX

La hicieron pasar a la consulta del doctor Mulberry en el Old Hospital. El la había citado allí, pero en aquel momento no estaba y la enfermera de tumo le pidió que aguardara por indicación del propio psiquiatra, que no tardaría en llegar.

Con la luz encendida, Ofelia Taylor se encaró con la reproducción del gran lienzo que colgaba en la antesala de dirección.

Allí estaba el grotesco enano tocando su violín, rodeado de gatos y observado por varias personas que dependían de su gran fortuna y que no se atrevían a reírse ni a burlarse de él.

De espaldas al pintor, estaba la siniestra y negra figura de la hermana de William, aquella horrible mujer encapuchada a la que el enano llamaba a gritos en sus momentos de desesperación.

Ofelia se hallaba tan absorta escrutando el pequeño lienzo, carente de la calidad pictórica del gran cuadro del que había sido copiado, que sufrió un sobresalto al abrirse bruscamente la puerta.

—Ofelia.

—¡Joseph!

—Te obsesionas demasiado mirando a ese personaje, tendré que prohibirte que vuelvas a observarlo.

—¿Has conseguido algo?

—Sí.

—¿Qué? —preguntó ávida de noticias, de algo que clarificara cuanto le sucedía.

—Tienes razón, Ofelia, tienes razón.

—¿Sobre qué?

—El cementerio ha sido respetado.

—¿Cómo lo sabes?

—He estado revisando los planos de la mansión Van Reims y las alas que luego se construyeron a su alrededor, convirtiendo lo que fuera la antigua mansión en el cogollo del actual hospital. Una de las alas fue construida sobre el cementerio de los Van Reims, en un alarde de funcionalidad.

—¿Han construido encima del cementerio? —preguntó entre sorprendida y decepcionada, como si perdiera toda posibilidad de hallar algo positivo.

—Sí, han construido encima. He hecho una sucinta copia del plano con papel vegetal. Mira, aquí está.

—Le mostró el papel, señalando las líneas de la edificación. En el centro quedaba un rectángulo vacío, de considerables dimensiones.

—Levantaron columnas de piedra alrededor del pequeño cementerio familiar. Esas columnas sostienen unas largas vigas de

gruesa madera, vigas de veinte metros. Debieron talar los mejores árboles para convertirlos en esas vigas. Según el plano, el cementerio está oculto en lo que ahora es un sótano que sólo tiene una entrada, sólidamente cerrada.

—Me da miedo pedírtelo, Joseph...

—¿El ir a ese cementerio que ahora está bajo un edificio?

—Sí.

—No hace falta que me lo pidas, ya lo tengo previsto. Si quieres, puedes esperarme aquí hasta que yo vea lo que hay allá.

—No, Joseph. Yo te estoy empujando a que afrontes situaciones desagradables e iré contigo. Además, deseo verlo, necesito comprobar que no estoy loca.

—No lo estás.

—Gracias, Joseph, pero necesito estar segura yo misma. —Hizo una ligera pausa e inquirió—: ¿Habrá alguien más?

—No, esto es un secreto entre tú y yo, nadie más debe saberlo. He tomado la llave de esa puerta sin decir nada. —De su bolsillo sacó una gruesa llave antigua, para candados de gran tamaño—. Luego he de dejarla en su lugar sin que nadie se entere. Por lo que estoy haciendo podrían despedirme de este hospital.

—No puedo consentir que te arriesgues a ser despedido —protestó ella.

—¿Por qué? Ser despedido de un hospital es algo que no queda muy bien en el historial de un médico, pero si me voy de un lugar como éste, escaso de utillaje y donde todo deja que desear, no perderé demasiado. Además, si tenemos cuidado, nadie nos descubrirá.

—No, claro que no.

—Entonces, vamos.

Salieron del despacho y el doctor Mulberry dijo a su enfermera que cerraba la consulta hasta el día siguiera te. Se marchó acompañado de Ofelia.

Caminaron por varios corredores. Descendieron a la planta y luego, al primer sótano.

Sólo una de las alas de la edificación, cuyo conglomerado arquitectónico constituía un verdadero bodrio artístico, carecía de sótanos aprovechables. Aquello era difícil de descubrir si no se miraba en los planos, pues cualquiera podía perderse por aquellos largos corredores, auténticas tripas del hospital, por los que pasaban camillas rodantes llevando enfermos a los quirófanos o saliendo de ellos, algunos vivos, otros ya cadáveres en su inicial proceso de enfriamiento.

Mientras, los deudos aguardaban noticias, noticias que les llegarían a través de algún auxiliar del cirujano jefe con dotes de relaciones públicas.

Guiados por las indicaciones del plano que Joseph Mulberry había copiado como si se tratara de un espía, penetraron por el angosto corredor, quizá más angosto por lo largo, que conducía a la sala de disecciones.

A la derecha, cuando ya no había luz, quedaron frente a una escalera que descendía, encerrada entre dos paredes.

Al final de seis peldaños, sumida en la oscuridad, había una gruesa puerta de madera y acero que iba de un lado a otro del muro que allí abajo ya semejaba un túnel.

Mulberry sacó una linterna del bolsillo e iluminó la puerta sobre la que, con pintura blanca que reflejaba la luz, habían dibujado una calavera y dos tibias cruzadas.

Aquello significaba peligro de muerte, pero no advertía cuál era el peligro. En el suelo había varios objetos; Joseph aclaró:

—Antes he traído esta pala y una lámpara de gas tipo camping; me temo que en ese cementerio sobre el que se ha levantado parte del hospital no habrá luz.

—Es cierto, a los muertos no les hace falta luz.

Joseph miró a lo largo del pasillo. Estaban solos, no había nadie.

—¿Estás segura de que quieres entrar? Puedes esperar aquí afuera.

—Oh, no. Esto está húmedo, oscuro, frío. No creo que el interior sea más siniestro. Además, me daría mucho miedo quedarme sola aquí.

—Está bien, entonces me ayudarás.

Con la llave que había hurtado, Joseph abrió un mohoso y arcaico candado que sujetaba el no menos grueso cerrojo de la puerta. Sin quitar el candado de su lugar, era prácticamente imposible franquear la sólida puerta que dejaba siempre una posibilidad para que el cementerio pudiera ser visitado.

—Es posible que en el testamento de cesión de los Van Reims, a la beneficencia se especificara que el cementerio debía quedar incólume y con un acceso al mismo. Lo han respetado, aunque han construido encima del cementerio, sepultándolo bajo un edificio, lo que jamás pensarían los Van Reims que podía ocurrir; pero en el crecimiento monstruoso de Nueva York, cualquier cosa puede suceder. Alguien levanta un pie y allí mismo aparece la primera piedra para la construcción de un edificio.

—Es cierto. Para construir y construir, aquí en Nueva York no se ha respetado ni la paz de los muertos.

La puerta estaba atrancada. Pese a que había quitado el grueso candado, Joseph Mulberry tuvo que cargar con el hombro violentamente contra la puerta para que se abriera. Al fin, cedió, gruñendo.

Inmediatamente, un fuerte olor a moho les dio en el rostro, allí

dentro había mucha humedad.

Joseph lanzó el foco de la linterna hacia el interior de aquella gran sala subterránea, una nave de piso de tierra con el techo muy bajo. Para no tropezar con su cabeza contra las vigas. Joseph debía de eludirlas.

Aquella nave, que semejaba un garaje subterráneo, era grande, por lo que el haz de la linterna no pudo barrerlo en su totalidad. Sin embargo, no tardó en tropezar contra las lápidas de granito, unas lápidas que imponían.

Aquel cementerio, conservado bajo un edificio por el que la gente iba y venía sin enterarse de que bajo sus pies estaban las tumbas, tenía mucho de siniestro. Hasta allí no llegaba el fuerte rumor del tráfico de Nueva York; tampoco llegaban los lamentos de los enfermos del hospital, las sirenas de los barcos deslizándose por el Hudson ni los llantos de los familiares que se encontraban con un cadáver entre las manos.

Allí, el silencio era audible, si es que se podía oír. Traspasar el umbral de aquella puerta, introducirse en el cementerio oculto y olvidado, era como meterse en otro mundo, en otra dimensión que sólo podía deparar desagradables sorpresas.

—Aquí hace falta un poco de luz. ¿Asustada?

—No puedo negarlo, un poco. Este cementerio es de otro tiempo, aunque los de ahora no se diferencien demasiado.

—Encenderemos la luz de gas.

La luz de gas, más brillante y blanca, con más poder, barrió las tinieblas en un radio de acción considerable.

—Si oyes algún ruido, serán ratas, no temas.

—La tierra está muy blanda.

—Es lógico, aquí no da el sol jamás y tenemos el rio cerca. La humedad llega hasta aquí y no hay posibilidad de evaporación.

De pronto, unos crujidos les obligaron a mirar hacia arriba, unos crujidos que les estremecieron.

—¿Qué ha sido eso? —balbució Ofelia.

—Las vigas son muy grandes, pero el tiempo es mal enemigo de la madera. Me temo que si los inspectores de la alcaldía vieran esto, cerrarían el hospital de inmediato. No ofrece ninguna seguridad.

—¿Crees que hay peligro de que se derrumbe?

—Me temo que sí. Este lugar debe ser el más afectado, por estar más en contacto con un área húmeda permanente.

El ruido de las vigas tomó a reproducirse. Joseph opinó:

—Me parece que debe de coincidir con el paso del metropolitano.

—Sería una catástrofe que en uno de los pases del metro se produjera un derrumbe.

—Avisaré al director para que tome medidas.

—¿Y si no lo hace?

—Avisaría a la división correspondiente de la alcaldía para que hagan una inspección. La gente que está arriba corre peligro, de eso no cabe duda. En fin, vayamos a lo nuestro. Ajustaré la puerta para que desde el corredor no se vea nuestra luz.

—¿La vas a cerrar?

—No temas, no la cerraré, con dejarla ajustada será suficiente, nadie se acerca por aquí.

Joseph tenía razón, nadie iba a acercarse por allí. La puerta quedó ajustada pero no cerrada.

Quedaron iluminados especialmente por la lámpara de gas, aunque el haz de luz que proyectaba la linterna que ahora se hallaba en las manos de Ofelia, se dirigía a las lápidas.

—Aquí están todos los Van Reims que emigraron de Holanda a América, convirtiéndose en norteamericanos.

—Todos los blancos procedemos de Europa.

Tras la observación de Joseph, Ofelia enfocó una de las lápidas y exclamó:

—Esta, ésta es... «William van Reims» —leyó.

Joseph Mulberry permaneció unos instantes en silencio y asintió.

—Esta parece ser. ¿No te basta con ver su tumba?

Quien vaciló ahora fue Ofelia, mas denegó con la cabeza al tiempo que decía:

—Yo creo que no está aquí, Joseph, lo he visto. Si no lo hubiera visto, sí que estaría loca. Y no puedo aceptar eso. no puedo aceptarlo.

—De acuerdo.

Joseph clavó la pala en el suelo y puso adecuadamente la luz de gas.

—Joseph, lo siento, pero si no veo lo que hay en esa tumba, jamás podré estar segura de mí misma.

—Lo comprendo, pero te prevengo que lo que vamos a encontrar no será nada agradable.

—Afrontaré lo que sea.

—Entonces, adelante. Jamás había llegado a suponer que la profesión de psiquiatra tuviera algo que ver con la de sepulturero, aunque en este caso sea de desenterrador.

Se quitó la chaqueta, se arremangó las mangas de la camisa y comenzó a cavar con la pala.

—Menos mal que la tierra está blanda.

—¡Joseph, Joseph, allí! —gritó de pronto la muchacha, muy asustada.

Joseph, que ya había comenzado a sacar tierra de la tumba, miró en la dirección que le señalaban.

Aquello estaba lleno de ojillos que les vigilaban, pupilas que

brillaban en la oscuridad.

—Son ratas.

—¿Ratas?

—¿De qué te extrañas? Es lo más lógico, ¿no?

—Nunca creí que en un hospital...

—Pues he oído de un hospital, por alguna parte del mundo, en que los ratones suben a las camas de los pacientes y les disputan el rancho; menos mal que ése no es todavía el caso del Old Hospital. Este es un lugar óptimo para que las ratas hagan sus nidales; luego, a partir de aquí, tendrán túneles para ir a buscar la comida a otra parte. Aquí se habrán sentido seguras durante lustros, en realidad, hemos invadido su mansión. Esperemos que no haya demasiadas. Cuanto antes terminemos, mejor. Ya le haré saber al director-gerente, aunque sea mediante un anónimo, que debe desratizar este lugar. El puede hacerlo empleando unos pocos dólares. Bien, sigamos, así saldremos pronto de este siniestro sótano húmedo y hediondo, lleno de ratas y...

Iba a añadir «de fantasmas», pero se contuvo para no excitar más la imaginación de la mujer, que a todas luces hacia esfuerzos por continuar allí.

Mulberry cavó con fuerza. Demostró estar bien preparado, pues respiraba rítmicamente, sin agotarse. Tampoco era para sudar, pues allá abajo no llegaba la calefacción del hospital.

Ofelia hubiera querido ayudarle a cavar, pero no era tonta y se daba cuenta de que su fuerza, comparada con la del hombre, era mínima. No iba a conseguir otra cosa que desollarse las manos.

La luz de gas iluminaba a Joseph Mulberry que, poco a poco, se hundía más y más en la tierra mientras una montaña de tierra crecía junto a la tumba que se estaba abriendo, en la clandestinidad, pues no tenían permiso alguno para hacer aquello.

A intervalos, Ofelia lanzaba el haz de luz hacia las ratas que retrocedían al ser enfocadas, pero que, poco a poco, avanzaban hacia ellos, quizá empujadas por la curiosidad o por otras razones en las que la joven no deseaba pensar.

Tampoco quería pensar en la cantidad de ratas que podían haber escondidas allí y que estarían furiosas por la intromisión de los humanos en su imperio, que si otrora quedara a nivel del suelo, ahora, por efectos de las edificaciones, quedaba subterráneo.

La garganta se le secaba y tragaba saliva con dificultad. Deseaba que el hombre acabara cuanto antes aquel desagradable trabajo.

En varios momentos, se arrepintió de estar allí y de haber arrastrado con ella al joven psiquiatra que la había creído.

De pronto, escuchó un golpe extraño.

—Ya está, ya he dado con la caja —dijo él cuando ella aún no había conseguido respirar. Su diafragma se había quedado como

bloqueado y sus pulmones, sin aire.

—¿Te ocurre algo, Ofelia? —preguntó él desde el interior de la fosa.

Ya respirando, aunque sin poder disimular que lo estaba pasando mal, dijo:

—No, no, sigue, terminemos de una vez.

—Okay.

Joseph comenzó a dejar el ataúd en libertad para luego abrir la tapa. Aquella caja había sido hecha con madera de ciprés, posiblemente, pues se conservaba bastante bien, habida cuenta .de la gran cantidad de años que yacía sepultada.

Con la hoja de la pala, Joseph limpió el ataúd. Hizo saltar los cierres con unos golpes precisos y al fin, observó que la tapa cedía al empujarla con sus dedos.

—Ofelia, no mires ahora. Los que hemos cursado la carrera de Medicina estamos habituados a espectáculos de este tipo.

Levantó la tapa y gracias a la luz de la lámpara de gas que había aproximado al borde de la tumba, observó el interior del féretro, pues no se atrevió a pedirle a Ofelia que enfocara con su linterna; sin embargo, escuchó un gemido ahogado que rezumaba terror. Ofelia estaba mirando.

—Dios mío...

—¡Es él, Joseph, es él!

—No puede ser, está demasiado bien para tantos años...

Con la hoja de la pala, Joseph Mulberry movió el cuerpo que yacía dentro del ataúd, un cuerpo deforme, enano, de gran cabeza y manos y pies enormes.

—Ofelia, esto es un muñeco recubierto de cera en la cabeza, manos y pies. Parece que en su día hicieron pasar este muñeco por el cadáver.

—Dios mío. Dios mío. Me voy a volver loca de verdad, ese ser monstruoso anda vivo por ahí, vivo. ¿Lo entiendes, Joseph? Y cree que yo soy su Ofelia. Tengo miedo, Joseph, mucho miedo.

Se arrodilló junto a la tumba, inclinando su cuerpo y encerrando el rostro entre las manos.

—No temas —le dijo él, todavía dentro de la tumba, acariciándole el cabello—. Esto tendrá una explicación. De momento, hay que admitir que tus sospechas han sido acertadas. Sepultaron un extraño pero perfecto muñeco en su lugar.

De pronto, Ofelia dejó de sollozar, pues comenzó a escucharse una extraña música de violín.

—¡Joseph, Joseph, es él, él que toca el violín! ¡Está tocando la danza de las brujas, como hace siempre! ¡Salgamos corriendo de aquí!

Corrió hacia la puerta despavorida, tratando de ganarla cuanto

antes. Se golpeó en una rodilla contra una de las lápidas y cayó al suelo mientras una risita siniestra montaba por encima del sonido del violín.

—¡Espera. Ofelia, espera, tranquilízate!

Ofelia, tras gemir por el duro golpe y la costalada, se reincorporó corriendo de nuevo.

Joseph fue tras ella y cuando llegaban ante la puerta, ésta se cerró con un fuerte y sonoro golpe. Después pudieron oír como el cerrojo era corrido.

—¡Nooo! —gritó Ofelia lanzándose contra la puerta.

La golpeó con sus puños, pero ésta era demasiado recia para ceder.

—Calma, Ofelia, calma, así no saldremos —le dijo él sujetándola entre sus brazos.

La joven se derrumbó, sollozando contra su pecho.

—¡Nos ha encerrado, Joseph, nos ha encerrado en este maldito cementerio del que no saldremos jamás!

—No digas eso, saldremos de aquí.

—¿Cómo, Joseph, cómo? ¡Socorroooo!

Joseph Mulberry la dejó gritar, aunque comprendió que no les iban a oír.

Tomó la pala y golpeó la puerta. Su esfuerzo resultó infructuoso y la hoja de la pala se rompió por uno de sus lados. Mulberry quedó jadeante mirando aquella puerta contra la cual su fuerza y la única herramienta de que disponía resultaban impotentes.

—¡Joseph, Joseph, moriremos aquí encerrados y las ratas nos comerán, tengo miedo, tengo miedo!

—Animo, Ofelia, hemos de salir de aquí.

Ella alzó su mirada hacia el hombre. Dentro del siniestro cementerio subsolar, se iluminaban con la luz de gas que seguía encendida.

—¿Cómo?

—Como podamos.

—La puerta no cede, nadie nos buscará aquí y tú no tienes con qué romper esa puerta.

—Esa puerta es lo más sólido que hay aquí abajo.

—Las paredes no parecen menos sólidas —dijo Ofelia más calmada, como resignada a su suerte, aunque sin querer mirar hacia donde brillaban los ojillos de aquellas ratas que seguían observándoles expectantes.

—Sí, las paredes son sólidas, han de serlo para soportar el peso que hay encima; sin embargo, entre viga y viga, hay otras vigas más pequeñas, también de madera, que sostienen el suelo de las dependencias que están sobre nosotros.

—¿Y qué podemos hacer?

—Desde aquí abajo podemos intentar abrir un agujero entre los espacios libres que quedan entre las vigas pequeñas. Aquí abajo ha habido mucha humedad y si para hacer el suelo que tenemos encima usaron argamasa, porque el hormigón no se había inventado aún, tiene que ceder. Como el techo está bajo, creo que podré trabajar sin dificultad.

Joseph escogió el lugar de la tumba para poder trabajar, subiendo sobre la montaña de tierra. Llegó mejor a lo alto y comenzó a golpear con la hoja de la pala buscando resquicios. Arrancó argamasa entre viga y viga, intentando abrir un agujero por el que poder escapar del macabro encierro.

—¡Joseph, Joseph!

—¿Qué pasa?

—¡Las ratas se acercan, se acercan!

—Coge tierra o cascotes de los que yo hago y lánzaselos, pero no mires al interior de la tumba.

Ofelia les arrojó aquellos cascotes que Joseph arrancaba del techo, abriendo el agujero con habilidad.

Las ratas que les acosaban en círculo retrocedieron, aunque no demasiado. A medida que pasaba el tiempo, perdían el miedo a los humanos.

De pronto, Joseph recibió una bocanada de aire templado y mucho más puro que el que respiraban en aquel maldito cementerio, un aire que incluso olía a desinfectante.

—¡Lo hemos conseguido, Ofelia, lo conseguimos!

—¿Sí?

—¡Sí, ahora sólo hay que abrir el agujero un poco más para que podamos pasar!

—¡Grita por si alguien nos oye!

—¡¿Hay alguien ahí?! —gritó Joseph; mas sólo obtuvo el eco de su voz como única respuesta—. He debido dar con una sala vacía, pero es lo mismo.

Se apresuró en agrandar el orificio. Losetas de suelo fueron cayendo a la tumba, sobre aquel horrible muñeco que había ocupado, tiempo ha, el lugar de un ser humano engañando a cuantos habían acudido a su entierro.

—Intentaré pasar. Si consigo subir, te daré la mano y te sacare.

Ofelia asintió con la cabeza. Un escalofrío recorrió su espinazo al pensar que iba a quedarse sola, aunque sólo fuera durante unos momentos, en aquel cementerio, con las ratas, la tumba abierta y los espíritus de los Van Reims flotando por el espacio.

Mulberry, ágil y flexible, se introdujo por el agujero y ascendió a pulso. Introdujo la cabeza en el piso superior, haciendo caer algunos cascotes más en su forcejeo. Metió el cuerpo con dificultad, pues el

hueco no era demasiado holgado. Al fin, pasó las rodillas y quedó en lo alto.

—¡Joseph, Joseph, sácame de aquí!

—No temas, en seguida te saco.

Se volvió sobre el agujero y pasó sus manos, asiendo las de Ofelia que abandonaba abajo la luz encendida.

Joseph la izó y Ofelia tuvo la sensación de que, desde abajo, unas manos trataban de aprisionarla por los tobillos.

—¡Auxilio, Joseph, aprisa, me cogen, me cogen!

El joven psiquiatra la subió por completo, sacándola del agujero.

—¿Quién te coge?

—¡Abajo, unas manos!

Joseph miró por el agujero. La luz de gas iluminaba el siniestro cementerio. Prefirió no decir nada, consideró que el miedo había excitado la imaginación de Ofelia.

—Anda, vamos, salgamos de aquí.

Abandonaron la estancia vacía, pasando a un corredor. Debían ofrecer un pésimo aspecto, pues varios enfermeros y enfermeras se los quedaron mirando.

Ofelia estaba como anonadada. Se dejaba llevar por Mulberry que conocía bastante bien el hospital, si es que alguien podía llegar a conocer bien aquel edificio.

La llevó a su consultorio. La hizo sentar en una butaca y le preguntó:

—¿Quieres un sedante? Te tranquilizará.

—No, no quiero sedantes, no quiero dormir.

—¿Temes sufrir nuevas pesadillas?

—Sí, me produce horror pensar en ellas.

—Está bien, aguarda aquí.

—¿Me dejas?

—Sólo unos momentos, voy en busca del director míster Goodyear: ahora ya tengo qué decirle.

—Está bien, Joseph. Te esperaré, estoy agotada. Nunca he sentido tanto horror como el que estoy pasando estos días.

—Es muy extraño todo lo que sucede y dudo que la ciencia le encuentre una explicación, pero investigaremos hasta descubrir cuál es el misterio que se esconde tras los Van Reims.

Joseph se apresuró a marcharse.

De pronto, se abrió la puerta del despacho. Se volvió, esperando ver al joven psiquiatra.

—¡Ofelia! ¿Qué haces aquí?

Ofelia Taylor miró a la joven rubia que tanto se le parecía y a la que había admitido en su apartamento. Vestía de enfermera.

—¡Hola!

—Ofelia, ¿te encuentras bien? Te veo muy mala cara.

Estuvo a punto de explicarle cuanto le sucedía, pero se contuvo.

—No es nada. ¿Te han admitido en este hospital?

—Claro, ya estaba admitida antes de llegar. He subido a los pisos altos y he descubierto algo muy interesante.

Ofelia Taylor parpadeó, un tanto recelosa.

—¿En los pisos altos?

—Sí, ven, te los enseñaré.

—No. no, estoy esperando aquí al doctor Mulberry.

—No seas tonta, luego le podrás contar lo que te voy a mostrar. Seguro que te asombrará verlo.

—¿Qué es?

—Algo que tú ya conoces.

—¿Qué es lo que conozco?

Ofelia Román puso sus brazos en jarras para mirarla. Después, se echó a reír.

—Chica, hay gente que cuando sueña habla en voz alta y yo pude oír algo de lo que tú decías.

—¿Qué soñé?

—Si vienes conmigo, sabrás lo que es un viejo hospital.

—¿Has subido arriba del todo?

—Pues claro.

—Está bien. Aguarda, voy a dejar una nota.

—Como quieras.

Escribió una nota en un bloc que había sobre la mesa escritorio.

—Te advierto que es algo desagradable, lo he descubierto por casualidad.

—Aquí suceden cosas muy raras, Ofelia, muy raras, y tienen que ver con nuestro nombre.

—¿Con nuestro nombre?

—Sí, la esposa del último Van Reims, a cuya muerte esta mansión pasó a la beneficencia, se llamaba Ofelia.

—Vaya, no lo sabía. ¿Puedo utilizar eso para ganar puestos aquí dentro?

—No lo creo —respondió Ofelia Taylor caminando aprisa junto a su compañera de apartamento.

Ambas subieron por las escaleras.

—Hubiéramos ido más rápido en ascensores, pero así no nos ve nadie. No creo que a los cerebros de la administración les guste que se descubran las cosas feas que guardan aquí, tendrían muy mala prensa.

Pasaron por el corredor de las celdas para psicópatas. Tras caminar algo más, se metieron en la estancia que Ofelia Taylor recordaba muy bien, aquella estancia en la que había la escalera de caracol ascendente. Arriba estaba la puerta que conducía al maldito desván.

—Es ahí arriba —dijo Ofelia Román.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Siguiendo a una extraña sombra negra. La verdad es que me he sentido como imantada, no me ha quedado más remedio que seguirla. Ha sido como si un poder muy raro jalara de mí. En fin, será que en el fondo todos somos masoquistas.

—¿Masoquistas, por qué?

—¿Por qué crees que nos gusta montar en las atracciones peligrosas? Queremos sufrir un poco, eso es todo.

Por eso vamos a ver una película de terror. Cuando veas lo de arriba, te vas a asombrar. Se te van a poner los pelos de punta o a lo peor, canosos; claro que esto último un poco de tinte lo arregla.

—Yo no subo ahí —dijo Ofelia Taylor, tratando de mostrarse firme y resuelta.

—Pues yo sí. La verdad es que estando tú aquí me siento un poco más tranquila. Te confieso que antes, nada más mirar por arriba, he salido corriendo, hasta he llegado a pensar que me había vuelto loca. Imagínate, loca yo, siendo una enfermera que quiere hacer un cursillo de psiquiatría.

Fue hacia la escalera y comenzó a subir, volviéndose para sonreír a Ofelia Taylor. Esta, quieta, aguardó a verla desaparecer tras la puerta que había quedado abierta.

Desde bajo escuchó los pasos de Ofelia Román; incluso, oyó su voz que decía:

—Esto es horrible, horrible. Anda, si aquí está mi nombre... Eh, Ofelia, está nuestro nombre grabado y aquí abajo dice algo más...

Ofelia Taylor vaciló. Al fin, optó por subir la escalera de caracol. Vio el uniforme claro de Ofelia Román y pasó al interior del desván. Bruscamente, la puerta se cerró y escuchó unas carcajadas.

—¿Quién eres? ¿Dónde estás, dónde estás? ¡Quiero salir, quiero salir! ¡Ofelia, Ofelia! —gritó tropezando con cosas que se movían, suspendidas en el aire.

No tardó en comprender que se trataba de aquellas malditas jaulas. Mientras, la risa seguía y seguía...

Algo cayó a su alrededor. Quiso avanzar y se encontró con unas rejas ante ella. Retrocedió espantada y su espalda chocó con otras rejas.

Con el pánico metido en el cuerpo, fue a un lado y a otro. Sólo encontró rejas en derredor y luego, a sus pies. De pronto, escuchó como un engranaje de polca dentada y la jaula comenzó a moverse con ella dentro. La jaula de acero estaba siendo izada, suspendida por una cadena, y Ofelia apenas veía nada.

—¡Ofelia! —gritó, llamando a la joven enfermera.

Se movió dentro de la jaula y ésta *se* balanceó. Nadie respondía a

sus gritos. Ofelia Román semejaba haberse esfumado.

De pronto, como si en alguna parte del desván se hubiera abierto una ventana, la claridad penetró en aquel horrible desván, permitiéndole ver las jaulas que pendían del techo a su alrededor, jaulas idénticas a la que la mantenía prisionera a ella.

Dentro de aquellas jaulas, restos humanos, restos de mujeres que debían haber muerto de inanición.

—¡Ofeliaaaaa!

—No la llames más.

Se volvió y su terror le hizo mover la jaula al descubrir frente a ella a la siniestra mujer de la túnica y la capucha negra, aquella mujer que semejaba un esqueleto viviente, con la piel pegada al hueso.

—¡Rommy!

—Sí, Rommy o Román.

—¿Román? ¡Tú no puedes ser Ofelia Román, no puedes serlo!

Aquella mujer rió siniestramente.

—Yo soy muy poderosa, estúpida, muy poderosa. Tengo un pacto diabólico y poderes extraordinarios, por eso aparecí ante ti como Ofelia Román y como Ofelia Román te he hecho venir hasta aquí Ahora, ya ves como estás.

—¡No puede ser! ¡Sáqueme de aquí, sáqueme de aquí!

—Sí puede ser, ya lo creo que puede ser. Tú eres Ofelia y Ofelia tiene que pagar dentro de la jaula.

—Pero, Rommy —trató de razonar dentro de su desesperación—, yo no soy Ofelia.

—Sí, eres Ofelia.

—Soy Ofelia Taylor, pero no la Ofelia que se casó con William.

—Ofelia desapareció y yo estoy aquí para buscarla.

—¡Yo no soy la Ofelia que busca, se equivoca, es un error! Hay muchas Ofelias en el mundo.

—Ha habido otras Ofelias, pero todas sois iguales. Mira en tu derredor… Esas otras Ofelias llegaron aquí años atrás, muchos años atrás. De cuando en cuando, encuentro a una que se parece mucho a la que se casó con Willy y por si es ella, la encierro. Es posible que dentro de unos años encuentre a otra Ofelia como tú y también la encerraré.

—¡Está loca, loca, sáqueme de aquí!

—No saldrás jamás. ¡Willy, Willy! —llamó—. ¡Ven, ven aquí a tocarle el violín a Ofelia! A ella le gusta mucho, sólo que ahora es ella quien está dentro de la jaula y tú fuera…

—¡Socorro, auxilio, sáquenme de aquí, Sáquenme de aquí!

CAPITULO X

—¿Dónde está? —preguntó míster Goodyear, observando el despacho vacío.

—No sé, la he dejado aquí —objetó, sin mirar sobre la mesa donde Ofelia le había dejado la nota indicándole que iba al desván acompañada de Ofelia Román.

—Espere, voy a ver si está por fuera.

—Doctor Mulberry, estimo que está sacando las cosas de quicio. Me ha contado unas historias esperpénticas que no se le habrían ocurrido al mismísimo Edgar Allan Poe.

—Aguarde un momento. Esa joven está al borde de perder la razón por lo que le está ocurriendo.

—Ustedes, los psiquiatras, son unos tipos muy raros —objetó algo peyorativo.

—Un momento...

Joseph tomó un spray narcotizante y se lo guardó en el bolsillo. Pensaba utilizadlo con Ofelia si era necesario. Salió a los corredores y se encontró con una escalera. De pronto, divisó una figura oscura que recordaba al personaje que le describiera Ofelia y que en el lienzo aparecía con la capucha puesta, ocultándole el rostro.

Corrió hacia ella, cortándole el paso y abordándola.

—Hola, Rommy. ¿Dónde está Ofelia?

Los ojos de la extraña mujer brillaron diabólicos, sorprendidos ante aquella pregunta tan directa hecha por el psiquiatra.

—No sé de qué me habla.

—Vamos, Rommy, yo sé quién eres.

—¿Ah, si, quién soy?

—Una bruja, eso es, una bruja.

Rommy se echó a reír.

—¿Cómo un psiquiatra puede decir que soy una bruja? Es algo absurdo, ¿no cree, doctor Mulberry?

—¿Cómo sabes que soy el doctor Mulberry?

—Por su...

—Te has descubierto. Rommy. ¿Dónde está Ofelia?

—Soy más poderosa que tú, maldito, te voy a...

—Calma, calma, yo no soy tan influenciable y tus poderes son más psicológicos que reales. Le hiciste creer a Ofelia que un disco volaba a través del cristal sin tocarlo; ella ve lo que tú quieres que vea. Tu mente es más poderosa que la suya.

—Y que la tuya, doctor Mulberry.

Joseph no le dio tiempo a emplear los malignos poderes que poseía. Sacó el spray y lo oprimió frente a su rostro.

Cuando Rommy van Reims despertó de los efectos de aquel narcótico en forma de spray, se hallaba dentro de una celda acolchada, llevando una resistente camisa de fuerza.

Frente a ella, se abrió la puerta y apareció su enemigo mortal.

—¡Doctor Mulberry, no podrás conmigo, no podrás! —Y se rió estentóreamente.

—¿Lo ve, míster Goodyear? Esta es la bruja de su hospital, un ser diabólico. Será difícil saber los años que tiene.

—¿Pretende hacerme creer que esa mujer es la misma que aparece en el lienzo, con la capucha puesta? —inquirió escéptico.

—No es otra, puede creerlo. Ella se ha llevado a Ofelia y <no la soltaré hasta que me diga dónde la tiene encerrada.

—¡Jamás lo descubrirán, jamás!

Mulberry se volvió hacia el director -del centro.

—¿La oye? Admite que la ha secuestrado ella.

—Yo no he oído que lo admitiera —puntualizó el elegante y conspicuo míster Goodyear.

—Vamos, no compliquemos más las cosas, míster Goodyear —le objetó Joseph impaciente.

—No va a conseguir nada, doctorcito, nada. Saldré de aquí.

—Imposible, yo no la voy a soltar.

—¿Usted se hace responsable de que esa mujer está loca, doctor Mulberry?

—Sabe que no me gusta emplear la palabra «loca»; sin embargo, en este caso puedo hacer una excepción. Ella se cree dotada de poderes diabólicos, pero sólo es una esquizoparanoica.

—¡Tengo poderes! —chilló Rommy.

—Sólo si se topa con mentes más débiles.

—¡Eh! —gritó de pronto míster Goodyear, echándose hacia atrás.

Rommy se había convertido en un gran lobo de ojos amarillos que gruñía saltando hacia ellos.

—Quieto, míster Goodyear, no se mueva; lo que ve no es cierto.

—¡Esa fiera nos va a despedazar!

—No hay más fiera que ella, míster Goodyear. ¿No se da cuenta de que pretende hacemos creer lo que no existe? Esos son sus trucos, trucos infantiles. ¿No ve que no nos muerde?

Míster Goodyear, jadeante y empapado en sudor, constató que Mulberry tenía razón. El lobo no llegaba nunca hasta ellos.

—Es cierto.

—Y nos haría escuchar música si quisiera, pero con no hacerle caso, asunto concluido.

De pronto, la celda semejó llenarse de ratas. El mismísimo Mulberry debía hacer esfuerzos para no horripilarse, para no dejarse vencer por aquella mente diabólica que estaba desencadenando los

poderes con que estaba dotada.

—¡Vamos, cierre esa puerta, doctor Mulberry, se lo ordeno!

—No, ella no puede hacernos nada.

Se escuchó una brutal carcajada y toda la celda semejó inflamarse. El director del hospital comenzó a toser ante la humareda y retrocedió por el calor del fuego.

—Este fuego no quema si no queremos que nos queme. No le siga el juego, míster Goodyear. Rommy está ordenando a nuestros cerebros que nos deshidratemos como si realmente nos estuviéramos quemando. Esto no es nuevo. Se supone que otros legendarios hipnotizadores lo han conseguido, pero si pone el brazo en el fuego, no se quema.

—¡No puedo creerlo! —gritó míster Goodyear, tosiendo por efectos del supuesto humo.

Joseph Mulberry metió su brazo entre las llamas y lo mantuvo allí.

Rommy lanzó un fuerte alarido y todo el fuego desapareció. Ella volvió a aparecer en el centro de la estancia, ahora metida dentro de la camisa de fuerza de la que no podía escapar.

—Hagamos un pacto, doctorcito.

—¿Un pacto, qué clase de pacto? Ya ves que no te tengo miedo. Estás en mis manos, Rommy, estás dentro de una camisa de fuerza y yo sé que en el cementerio hay un muñeco que fue enterrado como si fuera William van Reims.

—Tú quieres a Ofelia, ¿verdad?

—Sí.

—Si te la devuelvo, ¿me dejarás escapar?

—Sí.

—¡Júralo!

—¿Por quién, por Satanás?

—¡Jura entregar tu alma si luego me encierras!

—Está bien, juro no encerrarte. Ahora, vamos en busca de Ofelia.

—¡Quítame esta horrible camisa de fuerza!

—No hasta que encontremos a Ofelia. No me fío de ti.

—¿Aunque te lo jure?

—Aunque me lo jures; ya estás casada con Satanás.

—¡No entiendo nada, nada! —casi gimió míster Goodyear—. Doctor Mulberry, dígame que no estoy soñando.

—No lo está, míster Goodyear. Acompáñenos y verá lo que tiene en su hospital. Eso le pasa por no buscar fondos para derruirlo y levantar en su lugar un moderno centro médico.

Joseph se hizo a un lado para que pasara la alta y reseca Rommy que iba sujeta por la camisa de fuerza.

Subieron escaleras y pasaron por corredores. Al fin, llegaron a la salita de la escalera de caracol.

—Esto corresponde con lo que me describió Ofelia. ¿Dónde está ella?

—Si la quieres, está arriba.

—Rommy, tú delante.

Míster Goodyear vaciló, pero al fin subió tras ellos. Se abrió la puerta y quedaron visibles las horrendas jaulas.

—¡Joseph, Joseph, sácame de aquí, sácame! —gritó Ofelia sollozando.

—¡Ofelia! ¿Estás bien?

—¡Joseph, Willy está ahí con el violín!

—Dios mío, qué horror —gimió míster Goodyear.

—¡Rommy, abre esa jaula! —ordenó Joseph.

—¡Eh, que se escapa! —chilló míster Goodyear.

Efectivamente, mientras ellos miraban a Ofelia y a la siniestra jaula, Rommy se había filtrado entre las otras jaulas.

—¡Vamos tras ella!

—¡No me dejes, Joseph!

—No temas, ahora vuelvo por ti. Hemos de darle alcance, es un ser peligroso por su gran poder mental. Lo que no comprenderé nunca es cómo ha vivido tanto

Míster Goodyear intentó tranquilizar a Ofelia.

—No tema, yo me quedo junto a usted. Trataré de abrir esta horrible jaula.

Entre las jaulas y objetos allí acumulados, Mulberry corrió tras Rommy. Vio abrirse una especie de trampilla en la pared. Puertas más o menos secretas, debían abundar en aquel maldito caserón utilizado para hospital. Mulberry se metió por el mismo agujero, persiguiéndola.

Cruzaron por otro desván y Joseph escuchó un rumor de motor. Corrió hacia una puerta y encontró a Rommy en la cabina de motores de ascensor. Eran motores grandes, para poder subir muchas personas en una cabina.

—No te acerques, doctorcito. Serás de Satanás, tú has jurado.

—He jurado no encerrarte en una celda y no te he encerrado, pero tú no has soltado a Ofelia, maldita.

—¡Tengo más poderes de los que crees, muchos más!

—Te voy a llevar a una celda y luego veremos qué hago contigo. Posiblemente te encierre dentro de un ataúd con un crucifijo enorme en la tapa, verás qué divertido.

—¡No lo harás!

—¿Por qué no? *¿No* has encerrado tú a Ofelia en una jaula?

—Ella es otra cosa, doctorcito, otra cosa. Tú eres fuerte, yo también y te puedo vencer. Tú no puedes impedir que tome venganza.

—¿Contra todas las Ofelias que encuentres?

—Ofelia encerró a William en una jaula y se marchó, dejándolo morir allí como a una bestia. Tenía que pagarlo.

—De modo que William murió, ¿eh?

—Sí. en la jaula.

—Mientes. En el cementerio hay un muñeco en el ataúd de William.

—¿Un muñeco? —Soltó una satánica risotada—. Sí, lo hice pasar por un cadáver; hice creer a todos que era William y se lo tragaron, como míster Goodyear se ha tragado que la celda ardía, cuando no había más fuego que el que su mente creaba.

—¿Y dónde está tu hermano?

—En una jaula, como ellas. Así lo ven constantemente.

—¿No está vivo?

—No, no lo está. Ellas creen que toca el violín, pero sólo es producto de su mente. Yo les hago vivir lo que quiero que vivan y quiero que se torturen viendo a Willy tocando el violín, puesto que a él lo asesinaron así.

Mulberry avanzó hacia ella. La bruja dio un paso atrás sin ver que tras su cabeza estaba la palanca trifásica de la corriente eléctrica.

Quedó atrapada. Desencajó su mandíbula y comenzó a gritar mientras se tornaba negra y ardía, todo chisporroteaba a su alrededor.

* * *

Joseph Mulberry detuvo el coche cargado con maletas frente al Old Hospital.

Un agente se les acercó y al observar que en el cristal parabrisas un adhesivo advertía que el propietario del auto era médico, saludó:

—Doctor, no puede quedarse aquí. De un momento a otro se va a proceder a la voladura controlada. Pronto no quedarán más que los cascotes de ese viejo y ruinoso hospital.

—Sí, ya lo sé. Yo trabajaba ahí, pero ahora mismo me voy con mi esposa a las Cataratas del Niágara.

—Feliz viaje de bodas. Si quieren presenciar la voladura, siga adelante y deténgase en aquella esquina. Creo que allí estará a cubierto de los posibles cascotes.

—Gracias, agente.

Joseph Mulberry siguió las indicaciones, rodando hasta la esquina señalada.

—Pronto todas las pesadillas se convertirán en cascotes, Ofelia.

—Fue horrible —musitó—. ¿Qué clase de poderes poseía aquella maligna mujer?

—Poderes horribles, Ofelia, difíciles de determinar. Son casos que escapan a la ciencia conocida hasta ahora. Creo que habría que buscar

por otros derroteros la explicación a lo sucedido, lo mismo que la sorprendente longevidad de Rommy. Como resultó carbonizada, no se pudo comprobar nada respecto a ella. Nunca sabremos nada sobre esos enigmáticos poderes que escapan a toda normalidad. Algunos opinan que hay que buscarlos en las fuentes de los poderes del Mal, en la brujería; otros, en la parapsicología... ¿Quién tiene razón?

Sonaron unas sirenas; luego, una explosión.

El Old Hospital quedó reducido a pequeños cascotes y un automóvil rodó hacia la carretera del norte para dirigirse a Niagara Falls e inundarse de luz y belleza. El mundo no era todo horror y satanismo.

F I N